

*Trilogía Completa*

# LOS CUADROS VERDES DE ITAMI

*Compuesta por:*

SUICIDIO COLECTIVO

VESTID, VESTID MALDITOS

RIMEL AMARILLO. NIEVE ROJA

*Montserrat*

*Valls Giner*

*Juan*

*Genovés Timoner*



**INTRIGA**

**LOS CUADROS  
VERDES DE ITAMI**

**Tab Editing**  
A graphic consisting of two horizontal arrows pointing in opposite directions, one above the other.

## **LOS CUADROS VERDES DE ITAMI**

© Montserrat Valls y Juan Genovés, 2022

Primera Edición: enero de 2023 – Tab Editing

©Del diseño de la portada, Montserrat Valls y Juan Genovés, 2022 a partir de las imágenes de: ©Napapron Sripirom en Pixabay, ©David Mark en Pixabay, ©Paul en Pexels, ©Nataliya Vaitkevich en Pexels

ISBN:

*No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)*

Diríjase a Tab Editing si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Tab Editing a través de la web [www.montsevalls.eu](http://www.montsevalls.eu) o por email en [info@montsevalls.eu](mailto:info@montsevalls.eu)

Tab Editing es un sello editorial de Montse Valls y Juan Genovés

08025- Barcelona ([info@montsevalls.eu](mailto:info@montsevalls.eu))

<https://www.montsevalls.eu>

Síguenos en:

<https://www.facebook.com/Libros.Tab.Editing>

<https://www.montsevalls.eu>

**Tab Editing**  




INTRIGA

# LOS CUADROS VERDES DE ITAMI

---

MONTSERRAT VALLS GINER

JUAN GENOVÉS TIMONER

**Tab Editing**



# *Volumen 1*

---

## **SUICIDIO COLECTIVO**

# **Primera Parte**

# CAPÍTULO 1

## 7 DE NOVIEMBRE DE 2007

*Michael. Svetlana. Itami. Liv. Roger. Catherine.  
Pierre.*

*MICHAEL. NUEVA YORK.  
7 DE NOVIEMBRE DE 2007*

**H**ay algo en la muerte que nos aterroriza: morir absolutamente solos.

Cuando nacemos, todos a nuestro alrededor nos protegen. A partir de ese momento nos sentimos protegidos, amados, y pensamos erróneamente que siempre será así. Somos unos ingenuos.

Llegamos a la idealizada juventud, y si no hemos tenido suerte, carecemos incluso de un amigo; y la persona a la que amamos, o nos desprecia, o algo peor: nunca nos ha visto.

Cuando nos hacemos mayores vamos perdiendo a las personas que queremos, sobre todo aquellas que nos protegieron. Y entonces, irremediablemente, caemos en la cuenta: estamos solos.

Algunos lo asimilan, otros siguen andando como si no hubiera ocurrido nada. Pero unos pocos deciden irse voluntariamente. Lo harán solos, o en compañía, para lograr esa ficticia protección anhelada.

Todo esto me pasa por la cabeza mientras estoy arrebujado en mi sofá viendo un documental sobre los lemmings. Reconozco mi incultura, seis años en la facultad de Periodismo, y ni sabía de la existencia de estos roedores. Proceden de Escandinavia, se les ve internándose en el mar, frente a Noruega, y terminan ahogándose, voluntariamente.

Las leyes, tan taxativas de la supervivencia, se desmoronan ante estos diminutos animales. Además, lo que llama más la atención es que son cientos. ¿Es un suicidio colectivo?

Mientras el presentador desgrana múltiples teorías (ninguna cierta, seguramente), me sirvo un gin-tonic y pienso en darle forma a una idea: un programa de televisión con personas que quieran matarse.

Un suicidio colectivo.

*SVETLANA. MOSCÚ.  
7 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Llego a la Plaza Roja con media hora de retraso, pero me es imposible correr más, todos mis miembros están agarrotados por el frío y, aunque me voy acercando a la Catedral de Kazán, mi cansancio mezclado con los altos tacones me hacen verla cada vez más lejos.

Tiemblo, en parte por la temperatura, pero también porque aunque lleve meses en ello no me acostumbro. Por suerte, mis padres no pueden verme, si no se avergonzarían.

Por fin estoy en la puerta de la iglesia, es donde hemos quedado, pero por lo que observo, él tampoco es puntual.

El color rosado de las paredes se funde con el atardecer ruso.

Un cura ortodoxo sale por la puerta y me mira con curiosidad. Mi aspecto angelical, heredado de mi madre, rubia, ojos azules, menuda, no le haría, bajo ningún concepto, llegar a la conclusión de mi razón de estar allí.

Intento entretenerme con los copos de nieve, los intento coger, pero se me escurren, como las pocas personas a las que quiero, ¿o quise? Quiero. Aunque las personas hayan muerto, las sigues queriendo.

La muerte no puede arrebatarte eso.

Sigue nevando, y ahora sí, empiezo a pensar que ese hombre no vendrá. Quizás he pedido demasiados rublos. Pero ¡qué demonios!, mi padre siempre decía: hazte valer. Solo sigo su consejo.

De pronto, me sorprende una voz a mis espaldas. Es la misma que he oído esta mañana por teléfono.

*ITAMI. TOKIO.  
7 DE NOVIEMBRE DE 2007*

El Metro está abarrotado. Aún noto más el contraste después de haber cogido el tren bala. Lo he hecho para poder ir a ver a mi abuela.

¡Estaba tan arrugada, tan pequeña! A pesar de ello en seguida notó que me ocurría algo. No le conté lo del psicólogo, ni el

diagnóstico de mi enfermedad. En verdad, ahora que lo pienso, no le conté nada que fuera cierto. Pero no me arrepiento, la dejé feliz, risueña. Me llevaré ese recuerdo.

Una colegiala con falda cortísima y calcetines blancos, como todas, está tan cerca de mí que en otras circunstancias me empujaría, pero no estoy con ánimos. Miro mi reflejo en el cristal del vagón, mi cabello lacio, y mi gran estatura, algo extraño en mi raza. Solemos ser bajitos; debe tener relación con un bisabuelo fuertote que tuve.

En parte me ha ido bien, así he podido tener las chicas que he querido, hasta que conocí a Kazuzo.

Sus ojos negros y su rostro perfecto hecho de nácar me embaucaron.

Es mi novia, y ella cree que nos casaremos y todo lo demás.

Por fin he llegado a mi parada. La colegiala parece decepcionada.

Bajo y allí está Kazuzo, como cada miércoles, para acompañarme al loquero. La beso y me dirijo, como un autómatas, al exterior.

*LIV. BERGEN (NORUEGA).  
7 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Odio este lugar, siempre está lloviendo. Llevo tiempo pensando en irme, ya nada me retiene aquí.

Estoy en la Plaza del Mercado, abarrotada de turistas, pero es donde tienen el mejor salmón. Mientras lo elijo, los observo, tan felices con sus cámaras e impermeables, pero es lógico, solo están de visita. Me gustaría ir a un país cálido, como Grecia o Italia...o España, allí estuve en mi luna de miel. Hace treinta años, cuando todavía era joven. Pero bueno, nadie me impide empezar de nuevo.

Ayer fui a la peluquería de siempre. Me corté mi media melena y ahora llevo el cabello rubio, muy corto. Creo que me favorece, y se me ve más joven. Además, quedan más resaltados mis ojos grises.

Cuando las mujeres acudimos a un salón de belleza, creo que eso es generalizado, seamos del país que sea, es porque queremos cambiar nuestra vida.

Ya tengo el salmón, elijo la nata agria para la salsa, y es entonces cuando me doy cuenta de que lo tengo todo para la cena, menos a Ingmar, mi marido.

Me alejo de allí. Las casas de colores del puerto nunca me habían parecido tan grises.

*ROGER. BARCELONA (ESPAÑA).  
7 DE NOVIEMBRE DE 2007*

No logro quitarme de la cabeza a Judith. La veo en todas partes.

Solíamos venir a la Plaza de la Sagrada Familia a pasear. Luego nos íbamos al lago, y nos reíamos imitando a los patos. Ellos nos miraban, y creo que incluso nos contestaban. O por lo menos eso decía mi hermana. Quería estudiar Etología, le encantaban los animales.

Podía estar horas escuchándola hablar de Lorenz. No es que a mí me interesara, pero aunque hubiera hablado de sedimentos orgánicos, me hubiera parecido lo más maravilloso, saliendo de sus rojos labios.

El color de su boca es como el mío, totalmente carmesí. Ella solía bromear, diciendo que ahorrraba en pintalabios, pero para mí era un problema. Más de una vez, en el instituto, Pau (el matón de turno) me tildaba de marica. Pero un día vi «Cobardes», esa peli me ayudó un montón. Aunque en mi caso no me dejé pegar, le arreeé con un bate de béisbol, de camino a su casa. Nunca más volvió a meterse conmigo.

Lo que antes me molestaba, ahora me ayuda. Si miro en cualquier espejo, mi cabello azabache y mis labios rojos, me traslado a mi misma imagen; por algo Judith y yo éramos más que hermanos: gemelos. Y más que gemelos, si quiero ser honesto: follábamos. No, rectifico, nos amábamos, con toda el alma, y no estoy exagerando.

El lago ahora está seco, no hay patos. Abandono la plaza y me dirijo a la avenida Gaudí.

Ahora no habrá nadie en casa, y podré masturbarme pensando en ella. Aunque luego termine llorando.

*CATHERINE. LONDRES.  
7 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Subo y bajo escaleras mecánicas sin parar. Tengo que calmarme.

Antes, cuando era pequeña, mi madre me traía a Harrod's, y a mí me parecía estar tocando el cielo. Los dulces. Los pianos. Ahora estoy en el infierno.

Aconsejada por una amable dependienta, compro un pañuelo rojo de Armani. Hace juego con mi melena pelirroja. En el fondo

noto su envidia. Mis ojos verdes la examinan. Es guapa, en el fondo no tendría motivos para envidiarme, pero es algo con lo que ya me he acostumbrado a vivir.

También te acostumbras a las miradas, y hasta incluso acoso, de algún hombre. Soy demasiado voluptuosa y supongo que les incito.

Ironías de la vida. Hubiera querido ser como Audrey Hepburn. Plana, recta. Amaba el mundo de la moda y quería ser modelo. Con mi físico fue imposible. Entonces pensé en dedicarme al diseño. La vida también se encargó aquella vez de joderme.

Me despido de la guapa empleada, sigo bajando escaleras. Me sorprendo a mí misma cuando, al llegar abajo de todo, quiero bajar más, y entonces reacciono: no puedo caer más bajo.

*PIÈRRE. BRUSELAS (BÉLGICA).  
7 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Me siento tan pequeño como mi país. Insignificante. Nunca salimos en las noticias, y si lo hacemos es para mostrar a un chalado psicópata que ha enterrado cadáveres en su jardín. Entonces Tintín, Hércules Poirot, pasan a segundo término. Somos raros.

Ni siquiera los directores de cine han venido aquí para filmar, ha habido escasas excepciones como Historia de una monja, pero a lo mejor influyó que la actriz había nacido aquí.

De joven, viví con mis padres en otro país. Pero hice una barbaridad, y volvimos aquí. Nunca hablo con nadie de mi pasado. Ni siquiera con mi mujer actual. Tengo dos hijos pequeños. O quizás tres, ni eso lo tengo claro. Mi vida es una farsa.

A pesar de mi ropa de marca, mi aspecto impecable y mi perfume, me doy un tremendo asco.

He perdido el trabajo, y para acabar de arreglarlo, me metí en apuestas. Soy un perdedor.

Sentado en la hierba, veo el Atomium delante de mí, más grande que nunca.

## CAPÍTULO 2

### ¿DÓNDE ESTÁN LOS LÍMITES?

*MICHAEL. NUEVA YORK.  
14 DE NOVIEMBRE DE 2007*

**M**i jefe quiere que colabore en una especie de Gran Hermano, pero con gatos. Ha querido convencerme de que la gente quiere llegar a casa, encender la televisión y ver cómo unos gatos juegan, comen, o lo que sea que hagan esos animales.

Encima ha tenido la desfachatez de decirme que necesitan un periodista como yo para hacer los guiones. Pero ¿qué guiones?

Intento calmarme y mirar los altos edificios. Entra el sol a raudales, y la claridad también inunda mi cerebro. Salgo de mi despacho y me dirijo sin más dilación y con el discurso bien aprendido desde ayer noche al despacho de Richard, mi director, y por desgracia, amigo mío desde hace veinte años.

Llamo a la puerta, su secretaria debe estar desayunando y lo único que se oye dentro son gritos de Richard y del productor, David.

Después de unos instantes en que nadie me contesta y los gritos van en aumento, decido entrar. La vista del Empire State es impresionante.

—¿Molesto?

—En absoluto. Yo ya me iba.

David se larga dando un portazo.

—¿Qué le pasa?

Richard se enciende un puro tranquilamente y me mira con sarcasmo.

—Que se meten a productores pero no tienen ni idea de lo que es la televisión. Invierten su dinero en algo que idealizaron

cuando eran pequeños: Bonanza, Colombo, Banacek... Todo ha cambiado.

La gente ahora no quiere guiones, ni películas, eso ya se lo bajan en Internet. Quieren lo que Orwell escribió: 1984.

»Pero lo que olvida la gente, o ni siquiera lo saben, es que esa obra se escribió como una crítica a la dictadura, a la manipulación y al acoso a la intimidad. A ese controlador lo llamó Gran Hermano.

En el fondo lo escribió para cambiar el mundo, y en cambio los televidentes quieren controlar y ser controlados.

—Estoy de acuerdo, pero déjame ir más lejos. Antes de Orwell, hubo un precedente ruso.

—Lo desconocía por completo. ¿Y qué dijo?

—Se llamaba Yeugueni Zamiatin, en 1884 escribió «Nosotros».

La intimidad en esa novela es imposible para los habitantes, todas las paredes son de cristal...

—Interesante, Michael. Pero no has venido a verme para hablar-me de un ruso, ¿verdad? Si es por lo del Gran Hermano de los gatos, olvídalo, es absurdo, te dije que la idea era mía para que aceptaras, pero cuando el productor me dijo cómo lo quería...bueno, ya nos oíste.

—Ni loco iba a aceptar esa propuesta. Pero eso carece de importancia.

Vengo a proponerte algo relacionado con lo que hemos hablado. La gente quiere controlar, saber qué hace la gente, cómo viven, ¿de acuerdo?, pero últimamente es muy reiterativo. Que si uno se acuesta con el otro, que si sale del armario. Una vida demasiado rutinaria. Mi idea es: ¡hablemos de la muerte!

—¿Qué muerte? ¿De qué rayos estás hablando? Lo siento, no te sigo. ¿Qué quieres, matarlos?, ¿cómo en la película de Romy Schneider...? ¿Cómo se llamaba?

—La muerte en directo. La mujer ha de morir, le queda poco tiempo, y el periodista la sigue hasta Tasmania para filmarla.

—Te recuerdo que el periodista lleva en el cerebro un chip con una cámara, y al final se queda ciego. En cuanto a la mujer, se suicida cuando se entera que todo es un montaje.

—¡A eso voy!

—¿Quieres introducirte una cámara en el cerebro? Si lo hago, tu mujer, Wendy, me dejará ciego a mí.

—Pero ¡qué dices!, no hablaba de las cámaras. Eso es asunto tuyo, busca el colaborador más bueno que tengas en tus contactos que sepa llevar eso. No, yo me refería al suicidio.

—¡Tú estás loco! ¡Se nos tirarían los abogados encima!

—No, si lo llevamos bien y lo vendemos como una lucha contra el suicidio: nadie debe quitarse la vida.

—Bien, eso me tranquiliza. Los concursantes son suicidas pero no se matarán.

—No, porque lo impediremos.

—¿Quiénes?

—Yo el primero. Entraré como uno más que quiere suicidarse, así, aparte de filmar y grabar, impediré que nadie se mate. Me acompañará Svetlana.

—¿La rusa? ¿La que os hizo de guía espontánea cuando fuisteis Wendy y tú a Moscú?

—La misma, ¿cuántas Svetlanas conoces?

—Era un auténtico bombón. ¿Ha aceptado?

—Aún no, antes he querido hablar contigo.

—De momento me parece todo una barbaridad, pero con esa chiquilla subiremos la audiencia masculina.

—Ahora que veo que me estás tomando en serio, paso a contarte el proyecto. Me conecto a Internet. Busco un grupo que quiera suicidarse. Esos grupos suelen ser pequeños y muchas veces conectan personas de diferentes países. Se reúnen, conectan. Svetlana y yo enlazamos la misma página por separado para que no nos relacionen.

Luego convivimos con ellos, y lo más importante: evitamos que se suiciden.

—¿Y si alguno se nos escapa de las manos?

—El programa será grabado. Si ocurriera algo, hay dinero para pagar a las familias.

—Te estás volviendo un cínico desde que volviste de Irak. Cuando eras reportero de guerra eras más humano.

—Supongo que tiene que ver con la muerte de mi mejor amigo en mis brazos...

—Perdona, Michael, no quería tocar el tema. Sabes que siempre estoy bromeando. Una pregunta: para luego retransmitirlo las personas tendrán que dar su consentimiento. Sé que el dinero lo puede casi todo, pero no olvides un detalle. No quiero menores de edad.

Me siento satisfecho de la reacción de Richard. No pensaba que lo convencería tan rápido.

—No habrá menores de edad. Habla con el productor, necesitaremos mucho dinero. A la gente habrá que pagarles antes de que se emita, si no será imposible. Otra cosa: necesitaré que arregles los papeles de Svetlana, para que no tenga problemas al salir de Moscú.

—Hecho. Esta tarde, cuando se haya calmado, hablaré con David. Mi secretaria, una vez hayas conversado con la rusa, te hará los trámites. ¿Algo más?

—Sí, me gustaría saber tu opinión. ¿Te gusta la idea?

—Michael, nos conocemos desde la facultad. ¿Qué quieres que te diga? Me gusta tanto como a ti.

Suelto una carcajada y me dirijo a la puerta. Oigo la voz de Richard a mis espaldas.

—¿Sabes por qué Orwell lo llamó 1984?

—Porque le dio la vuelta. La escribió en 1948.

—La idea es buena pero podría girarse en nuestra contra. Estúdialo con detenimiento. No dejes que se te escape nada.

—Tranquilo.

Voy por el pasillo, tras salir del despacho de Richard, y no oigo los ordenadores, ni las conversaciones jocosas de mis compañeros.

Solo oigo las bombas y los gritos del fotógrafo.

## *SVETLANA. MOSCÚ. 14 DE NOVIEMBRE DE 2007*

El ruido de las cañerías congeladas vuelve a despertarme. La noche ha sido una mezcla de vodka, sueños y hielo.

Desde mi cama se distingue la nieve en la ventana. El cielo plomizo me transporta al sueño de esta noche.

Era pequeña, corría por un campo de trigo, y el fuerte sol me hacía parpadear. Mi padre me cogía en volandas y me susurraba al oído: «Algún día, Sve, nos iremos de este pueblo, iremos a Moscú, y todo será distinto». No entendía por qué quería marcharse a ese lugar desconocido, si ahí éramos felices.

Nací en 1979, ahora tengo 28 años. Las imágenes oníricas son reales. Sucedió en Palej, mi pueblo natal. Mis padres, Olga y Nikolay, vivían de la artesanía. Fabricaban miniaturas y luego las pintaban y lacaban. Es un pueblo muy pequeño, pero yo lo veía muy grande.

Tenía un hermano. Bueno, rectifico, tengo. Se llama Alexey. En estos precisos instantes debe estar pinchándose heroína en cualquier callejuela nauseabunda.

No teníamos que haber venido aquí.

Recuerdo una obra de Txekhov. Habla de tres hermanas, quieren abandonar su pueblo e irse a Moscú. Pero nunca lo hacen. Desearía, con toda el alma, que nosotros tampoco hubiéramos podido.

Me dejo de tonterías y me levanto de la cama con gran esfuerzo.

No hay agua caliente. Tiemblo mientras me ducho, salgo tiritando.

Al envolverme en una toalla áspera, no puedo evitar sentir las manos bruscas de los clientes. No saben acariciar, ni tratar con dulzura, lo cual hace que esta profesión sea aún más dura si cabe.

Pero el hambre aún lo es más. Desde el cristal puedo ver a unos niños comiendo de los desperdicios, y peleándose por un hueso de pollo.

Hace un año mi vida era distinta. Trabajaba en una fábrica, no ganaba ni 1.850 rublos al mes. Las máquinas destrozaban mis oídos, mis manos y mi espalda. Tuve la gran idea de ir a ver a mi jefe, a ver si podía lograr algún tipo de mejora. Me dijo que sí, con la condición de que fuera al trabajo más pronto que las demás y le hiciera una felación. Primero me indigné, pero luego, mi nevera vacía y mi cansancio me hicieron cambiar de opinión.

Durante un mes la rutina era fichar, cerrar los ojos y engullir.

Entretanto, esos días me sentí mareada, con náuseas. Mis compañeras no entendían por qué no estaba contenta, ya que me habían trasladado a oficinas.

Tampoco entendieron por qué me fui un lunes, sin despedirme.

Aquel fatídico lunes mi jefe no estaba solo. Había dos hombres más. Mi instinto, cuando entré en ese cuarto oscuro, fue huir, pero uno de los hombres ya me había cogido y se había tirado encima de mí. Me violaron los tres sin ningún tipo de miramiento. Como si yo fuera un animal.

Me fui de allí llorando, más por vergüenza que por rabia. No podía acudir a nadie. Yo había accedido al principio. Lloré durante tres días. Hasta que me di cuenta de que podría aprovecharme de los que me habían hecho daño: los hombres. Pero llevaría el control. Quedaría con quien quisiera, donde quisiera. Y según qué cosas, ya

dejaba muy claro desde el principio que no las haría. No gastaba casi nada de lo que ganaba. Quería ahorrar y marcharme de allí.

Eso es lo que me hace vestirme, pintarme los ojos y salir en busca de Yuri, el hombre que conocí en la Plaza Roja a la hora acordada.

Mis botas resuenan hasta la boca del Metro. Me dirijo a la parada de Smolenskaya. Hemos quedado en el centro de Moscú, en una calle peatonal, la llaman «El viejo Arbat».

Las paradas van oscureciéndose en el túnel y el recuerdo de mi hermano también. Hace un año que no le veo. La última vez fue en San Petersburgo. Había acudido allí por un cliente, de los primeros, que le entusiasmaba la pintura. Así que el mejor sitio, El Ermitage.

Nuestro punto de reunión era un cuadro de Gauguin. Buscaba en el plano, sin éxito, hasta que oí su voz, inconfundible, de miel y caramelos, como cuando éramos pequeños.

—¡Hola, Sve!

—¿Cómo estás, Alexey?

Intenté mostrarme fría, pero cuando amas a alguien, eso es tarea imposible.

—Normal.

Mi hermano contestó con un lacónico ‘normal’, porque eso es lo que decimos todos los rusos; somos muy supersticiosos. Si estamos bien y lo decimos, puede estropearse. Si estamos mal y hacemos lo mismo, puede ir peor.

Escudriñé su rostro entre los cuadros. Su palidez, sus ojos amarillos. Cirrosis.

—¿Esperas a alguien?

Por mi vestido se puede imaginar a quién espero. Pero disimula. Y yo, a cambio, no miro los pinchazos de sus brazos. Es como un pacto de silencio desde que ocurrió todo aquello.

—A un amigo. Pero no hemos quedado aquí, sino al lado de este dichoso cuadro, y no lo encuentro.

—Déjame ver...

Alexey se acerca a mí, observa el folleto y me indica la planta. Por un segundo, sus dedos rozan mi piel. Por un segundo quiero gritarle: «¡volvamos a Palej!», pero no soy capaz, y mi hermano desaparece, igual que ha venido, como un fantasma.

Vuelvo a la realidad, el vagón ha salido del túnel y mis botas bajan en la parada. Mi mente está muy lejos.

*ITAMI. TOKIO.*  
*14 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Otro miércoles absurdo delante del psicólogo. Estoy en una sala muy grande, con techos altos y una vista, supongo que espectacular (a mí me la suda), del Parque Yoyogui.

Mi terapeuta es japonés, como yo, pero estudió en Europa. Por eso me decidí a venir con él. Es un buen tío, y tiene buenas intenciones, pero está claro que él nunca se ha deprimido.

Ahora mismo me está contando, con un optimismo casi irritante, lo que tendría que hacer con mi vida. Yo, como siempre, hago ver que le escucho con interés pero, en el fondo, lo único que hago aquí es ganar tiempo.

Desde que intenté suicidarme, y no lo logré, mis padres estuvieron haciéndome la vida imposible. Hasta que se me ocurrió buscar ayuda. No porque la necesitara; nadie puede ayudarme, más bien para ir planeando otro suicidio, pero esta vez lo haría bien: lejos de casa, del país, y de mi gente.

Es en lo único que me ha ayudado el venir aquí. Tanto oírle hablar de Europa y de los europeos, prefiero suicidarme en su compañía. Será más interesante.

—¿En qué piensas, Itami?

Esto es lo único incómodo de la terapia. Cuando le da por preguntar. No le puedo decir la verdad. Que estoy pensando en suicidarme en Venecia, con seis europeos más que encuentre en Internet, y llevar yo el mando: suicidarnos cuando hayan pasado unas semanas. Quiero irme de aquí con más vivencias. Soy sintoísta, y ya que cuando muera formaré parte de un río o una montaña, cuanta más sabiduría logre como persona, mejor estaré luego formando parte de un todo, naturaleza, cosmos.

Le miro, el buen hombre aún espera que le diga qué pienso, así que le ofrezco carnaza aprendida.

—Pienso en Yasunari Kawabata, y en Itami Juzo. ¿Sabe quiénes son, doctor?

—Por supuesto. Eran. Los dos se suicidaron. Kawabata era un gran escritor, incluso le dieron el Premio Nobel. Juzo era un buen cineasta.

—Tuvieron suerte. Ya no están aquí.

—¿Realmente crees eso? Piensa en un momento en sus familias, en las personas que les querían.

—¿Y eso qué tiene que ver? Eso son daños colaterales. Fueron valientes.

—Suicidarse no es ser valiente. Quedarse aquí y luchar, eso sí lo es.

—¿Sabe?, el que más me mola es Yukio Mishima. A los cuarenta años, y encima delante de las cámaras...

—Dantesco.

—No es dantesco, es poder elegir cuándo te vas.

—¿Y qué ganas? ¿No es preferible quedarse, y ver qué te depara la vida? Al fin y al cabo todos nos iremos un día u otro, pero no hay prisa.

—¿No será que le tiene miedo a la muerte, doctor?

Algo he dicho, pues de pronto le ha cambiado la cara. Su rostro está más pálido que nunca. A los japoneses no nos gusta el sol, a lo mejor por eso nuestra estadística de suicidios es tan alta. Le miro otra vez e intuyo que la idiotez que he dicho por pasar el rato le ha hecho palidecer algo más que su piel.

—No le tengo miedo a la muerte, Itami. Ya no. Sabes, porque te lo expliqué, que mi mujer es de Nueva York. Te dije que no teníamos hijos. Y no te mentí. No los tenemos. Linda, mi esposa, tiene una enfermedad irreversible. No puede tener hijos. No solo eso, sino que cada año que pasa pierde psicomotricidad, y visión.

—Lo siento, no era mi intención molestarle, yo no sabía nada... pero... si su mujer está así, aún más para...

—Para nada, Itami. Nuestra cultura dignifica el suicidio. Durante siglos ha sido una salida natural y honrosa a una vida que no fuera digna, pero todo eso son memeces aprendidas. El harakiri... incluso el nombre es absurdo. La vida está para disfrutar cada momento. Por eso no le temo a la muerte. Me deleitaré con la vida mientras esté aquí. De una sonrisa de Linda, de un paciente que he curado.

—Pero a mí no me puede curar, ¿verdad?

—Itami, hay una diferencia muy grande entre tu enfermedad y la de mi mujer.

—¿Cuál?

—Mi mujer va a morir en el plazo de unos siete u ocho años. La esquizofrenia, que es lo que tú tienes, no te mata. Puedes llegar a noventa años, si no haces el imbécil.

—Seré un viejo loco. ¿De qué me sirve eso?

—Con medicación puedes llevar una vida totalmente normal, Itami.

—¿Y si no tomo la medicación? Mire qué me pasó la última vez. Quise pegar fuego a mi habitación.

—Aún no se te había diagnosticado. No sabíamos qué te ocurría. Ahora es distinto. Todos a tu alrededor están pendientes de la medicación. Si obviamos la tontería de tu intento de suicidio, has tenido un año muy bueno, Itami. Y así pueden ser todos, si confías en mí.

—¿Y lo de tener hijos? Saldrán chalados. Kazuzo no se merece eso.

—No hay ninguna prueba de que la esquizofrenia se herede. Se han hecho estudios con gemelos. El niño que se crió fuera de la familia enferma resultó totalmente normal.

—¿Y el otro?

—Desarrolló la enfermedad, en algunos casos, no en todos. Hemos de pensar que estos experimentos se hicieron cuando no existían las medicaciones de ahora, de manera que el niño vivía en un ambiente muy perjudicial.

Entra la enfermera. Nos hace una reverencia y sonrío, a la manera tradicional japonesa.

—Perdone que le interrumpa, pero es que el señor Fujinara lleva esperando más de media hora. Vamos muy retrasados. Y ya sabe cómo se pone ese hombre.

—Gracias. Ahora mismo le haré pasar.

Cuando se ha marchado y ha cerrado la puerta, un aire de complicidad se nota en el ambiente. El hecho de que me haya contado lo de su mujer me hace pensar que le importo. Estoy a punto de decírselo, pero el doctor tiene razón: soy un cobarde.

Le doy la mano en señal de despedida; es lo que hizo él cuando me conoció. Dijo que lo había aprendido en Europa, y que a nivel emocional es mucho mejor, ya que así nos tocamos, hay un contacto, no la frialdad de nuestras reverencias, e intento darla con más calidez que nunca.

—Siento lo de su mujer.

Me alejo del despacho y de las grietas de luz. Vuelvo a sentir mi vacío. Mi enfermedad. Mi miedo. No soy capaz de vivir así.

En la sala de espera está esperándome Kazuzo. Me mira y sonrío. Supongo que piensa que voy mejorando.

—¿Qué tal ha ido?

—Muy... reconfortante.

—¿Quieres que vayamos al parque?

—Estupendo.

Nos despedimos de la enfermera y salimos a la luz del día.

Por el camino, no hablamos. Los árboles en noviembre tienen unos colores indescriptibles: amarillentos, rojizos. Cosas bellas, dice el psicólogo. Observo a Kazuzo, su gorro blanco, sus guantes azules... es lo que más echaré de menos cuando me vaya. Pero sé que hago bien. Se merece algo mejor.

Seguimos andando, y la naturaleza me va calmando.

—¿Cómo ha ido la clase de koto?

Semanas atrás, cuando intenté suicidarme, le recomendaron a Kazuzo tocar un instrumento para que se tranquilizara. Dicen que el arpa japonesa es lo que más tranquiliza.

—Ha ido bien, me distraigo, aunque creo que soy una de las alumnas más lentas. La profesora me anima.

Me siento tremendamente culpable.

Veo que nos acercamos a uno de los templos.

—¿Quieres que le digamos a un monje que nos dé un omikuji?

Kazuzo pone cara de sorpresa, desde que nos conocemos sabe que no me gustan estas cosas, pero yo sé que a ella sí, y quiero, los días que faltan, hacerla feliz. Aunque solo sea con uno de esos papeles. Si lo que dice el papel da buena suerte, nos lo llevamos a casa; si no, lo atamos a una soga para que, según la tradición, los dioses aparten la mala suerte.

Cuando llegamos al templo y un monje vestido de naranja nos da un omikuji, observo que hay muchísimos colgados. Papeles blancos atados por el destino incierto.

Nos da los papeles y Kazuzo, al abrirlo, sonrío. Yo lo ato, sin ni siquiera mirarlo.

—¿Por qué lo atas?, ni lo has mirado. A lo mejor era kichi, buena suerte.

—Claro que lo he mirado, desconfiada. Era kyo. Mala suerte. ¿No confías en mí?

—No. ¿He de hacerlo?

Sé que todo esto provocará una discusión, así que cambio de tema.

—¿Sabes qué haremos este año en San Valentín? Iremos al Monte Fuji, como todas las parejas, a tocar la campana tres veces.

He acertado con el cambio de tema, ya que me abraza. La gente nos mira. Es inusual, y más en público, demostraciones de ese tipo, pero el psicólogo le dijo a Kazuzo que era buena para mí cualquier demostración de afecto.

Me sigue abrazando, y pienso con amargura que en febrero quizás Kazuzo irá al Monte Fuji, pero no conmigo.

En aquel mismo instante una pareja vestida de rojo sale del templo: recién casados. Los kimonos y el tocado de ella les delatan. Siento envidia, son una pareja normal, que tendrán hijos normales.

Kazuzo se acerca a mi oído y me susurra: «kimi o ai shiteru».

#### *LIV. BERGEN. 14 DE NOVIEMBRE DE 2007*

He quedado con Lena para ir al Akvariet. No sé para qué vamos, en el fondo no deja de ser un acuario con cuatro focas, y uno de los pingüinos tiene pelos amarillos. Pero a ella siempre le ha gustado ir. Supongo que esto es la amistad, y nos conocemos desde hace cincuenta años.

Me observo en el espejo, e intento concentrarme en lo que me he de poner. No puedo, el recuerdo de Ingmar me persigue.

Puedo oír su voz hace un año, en el mismo acuario:

—¿Te das cuenta de lo solo que está ese pingüino porque es distinto? Me recuerda cuando fuimos, hace años, a Barcelona, a Copito de nieve.

—Ingmar, no seas exagerado. El pingüino está posando para las fotos de los turistas, no es que lo aparten sus compañeros. Y en cuanto al gorila que vimos en Barcelona, estaba de todo menos solo. Seguro que hacía el amor más veces que tú.

Ahora que está muerto, me arrepiento de haberle soltado esas puyas; pero lo deseaba tanto, y él necesitaba el sexo tan pocas veces.

Sin darme cuenta me estoy acariciando delante del espejo, entre los recuerdos. Suena el teléfono y doy un respingo.

—Diga.

—¡Liv! ¿Qué haces en casa? Llevo media hora viendo a las focas...

—Perdona, Lena. Voy para allá.

Cuelgo sin esperar respuesta, y me visto rápidamente. Aún estoy mojada, e intento pensar en otra cosa. Mi vestido de lana blanca me envuelve y el abrigo me cubre mis más ansiados secretos.

El autobús me ha traído en cinco minutos, pero a pesar de lo rápido que he ido, veo a Lena, a lo lejos, un poco cabreada. Se acerca, y pienso que me va a estrangular, pero sus ojos y sus gestos son contradictorios. Lena verdaderamente es un enigma, al igual que lo era mi marido. Me he de rendir a la evidencia, me gustan este tipo de personas; si no, no lo entiendo.

—¡Estás preciosa, querida! ¿Te había visto este abrigo?

Me lo ha visto miles de veces, incluso vino conmigo a comprarlo una tarde que nuestros maridos fueron a jugar al póquer. Pero sonrío, sé que Lena solo intenta ser amable después de lo sucedido. Todos son amables cuando te pasa una desgracia. Y que tu marido haya muerto, es mala suerte. Que se haya suicidado, eso es una desgracia según ellos.

Intento no pensar y me zambullo con los peces de colores y la conversación de Lena.

Las peceras iluminan su cara mientras me habla.

—¡Ay, Liv, qué suerte tienes de no haber tenido hijos! ¿Adivinas qué es lo que me ha hecho Erland ahora?

Erland es su hijo menor, y aunque no le conteste ni le anime a seguir, lo hará. Bebe los vientos por él.

—No te lo vas a creer, ahora quiere dejar Noruega e irse.

—¿A dónde?

—Finlandia. Y yo le he dicho: «pero si ahí solo hay lagos y mosquitos, además, con esa lengua fino-ugra tan extraña».

—¿Y qué ha contestado?

—Que me guste o no, se va a Naantali, un pueblo perdido, a dieciséis kilómetros de Turku. Se ve que es un pueblo costero, con un puerto, artistas... en fin, se va de Bergen para irse a otro Bergen, pero más cerca de los rusos y de los mosquitos.

No puedo evitar reírme al recordar a Lena, hace muchos años, con Kaj e Ingmar. Los niños eran muy pequeños, se nos ocurrió ir todos a Copenhague. Estuvimos en un hotel, que estaba muy limpio, no había un solo bicho. Pero la obsesión de Lena le hizo sacar el pulverizador que llevaba en la maleta y pulverizarnos a todos. Salimos al pasillo porque no podíamos respirar... ¡Qué jóvenes y felices éramos!

- Estupendo, Liv. Yo te cuento mis penas y tú te ríes.
- Perdona, cariño, me reía de otra cosa.
- ¿De qué, si puede saberse?
- De las focas palmoteando bajo la lluvia.
- ¿Eso te hace reír?... Bien, aunque me estés mintiendo, me encanta verte así, no soportaba verte llorar. De todos modos, tenía que decirte algo más y no sé cómo...
- Adelante, Liv. Di lo que tengas que decir. Estoy mejor.
- De acuerdo. Voy a irme con mi hijo unos días a Finlandia. La excusa es ayudarlo a organizarse...
- ¿Y la verdad?
- La verdad es que las cosas con Kaj van de mal en peor. Sobre todo desde que murió tu marido. Está incluso agresivo. El otro día, sin ir más lejos, me pegó.
- No lo entiendo, Lena. Tu marido es muy pacífico.
- Ya no es el mismo. Además, no para de beber, está todo el día borracho.
- Pero... no creo que tenga nada que ver con la muerte de Ingmar. Se caían bien. Con tantos años, se habían hecho amigos, es cierto, pero de eso a que tenga la culpa su muerte...
- Yo no digo que eso haya tenido la culpa, pero sí que coincide. No quería decirte nada, bastante tienes tú con lo tuyo. No te preocupes. Será pasajero. Supongo que nos ha trastornado su muerte.
- ¿Cuándo volverás?
- En unas semanas. Dos o tres a lo sumo. Quería pedirte un favor.
- Lo que quieras.
- Sé que es pedirte demasiado tal como estás, pero ¿podrías visitarle? A ti siempre te ha hecho más caso que a mí. A lo mejor descubres qué le ocurre.
- ¡Claro que sí! Incluso me irá bien. Últimamente estoy demasiado en casa.
- Él también. Está trabajando en su último libro: «Recopilación del cine escandinavo». Solo sale un momento al mediodía a buscar alcohol.
- No te preocupes. Ire. Vete a Finlandia tranquila. Cuando vuelvas, ya verás cómo todo se habrá arreglado.
- No sé, Liv. Me da la impresión de que se está yendo todo a la mierda.

Salimos del zoo y un pálido sol nos calienta. A pesar de ello, estoy temblando.

*ROGER. BARCELONA.  
14 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Desearía ser el chico finlandés que se lio a tiros en su instituto. Nunca he sufrido acoso escolar, ni nada por el estilo, pero me da rabia que mi hermana haya muerto, y que los demás estén tan tranquilos.

Siempre pensé que ella estaría aquí. Ahora estoy totalmente solo.

Aunque me cubro con las sábanas, no desaparezco. Oigo los tacones de mi madre, se acerca a mi habitación y me hago el dormido. Da media vuelta, coge el bolso y las llaves y cierra la puerta.

No hay nadie en casa, así que me levanto y voy al lavabo. Cojo la colonia de Judith, que aún nadie ha tirado, y aspiro su aroma. Como cada mañana, eso me calma.

Me observo en el espejo. Tengo dieciocho años aunque aparento menos. Rememoro los quince, cuando todo empezó.

Era una noche de verano, cálida y asfixiante. Empezó a llover torrencialmente, y salí a la terraza a ver los relámpagos.

Al salir, uno de los relámpagos iluminó a mi hermana. Estaba en una tumbona, a oscuras, llorando.

Me sorprendió su presencia, ya que me creía solo en casa. Mis padres habían ido al Liceo, y ella les había dicho que estaría en casa de una amiga.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás llorando? Me has pegado un susto de la hostia.

Me miró de una manera extraña, riendo y llorando histéricamente.

Me asusté. Jamás la había visto así.

Y entonces sucedió algo inesperado, esos segundos que te cambian la vida para siempre.

Judith se abalanzó hacia mí, y me hizo entrar en casa. Se tiró encima de mí, y caímos al suelo. Primero pensé que se trataba de un juego. Pero luego me di cuenta, al notar sus manos, sus labios, que los juegos y las tardes del Scrabble habían terminado.

Sé que tenía que sentir asco; era mi hermana. Pero solo pude sentir un deseo irrefrenable. También intuí que pasaba algo muy grave en aquella cabecita para hacer algo así, pero en aquel momento en

que la penetré violentamente, su cuerpo me hizo olvidar cualquier reticencia.

Aquella anécdota, si es que podemos llamarla así, se convirtió en una costumbre. Mis padres pasaban mucho tiempo fuera de casa, y además viajaban largas temporadas.

Se puede decir que aquellos fueron los mejores años de mi vida. Me enamoré locamente de mi hermana, y ella, por la respuesta de su piel, estoy seguro de que también. No era sexo. Era algo más profundo. Sobrepasaba el amor.

Todo fue bien hasta que tuvimos diecisiete años. Creo que me di cuenta de que Judith estaba muy rara, pero quizás no quería arriesgarme a perderla si algo sucedía. No podía perderla. Cuando se ama tanto a alguien, olvidamos razonar, pensar, analizar. Nos olvidamos de todo.

Un 11 de agosto. Barcelona estaba vacía. Mucha gente se había marchado de vacaciones. Casi todas las tiendas estaban cerradas y la ciudad mostraba una tranquilidad inusual, solo truncada por el ir y devenir de las ambulancias al Hospital de San Pablo, y por el violinista que desafinaba en la Avenida Gaudí.

Judith estaba leyendo un libro de psiquiatría del despacho de mi padre. Yo hacía ver que leía un libro de Kafka, pero en verdad estaba admirando sus largas piernas. Levantó sus bellos ojos del libro y me preguntó, ansiosa: «¿Crees que estamos enfermos?».

Hubiera querido decirle que sí, que estaba enfermo de ella, de tenerla. Que me faltaba la respiración cuando no la veía, que el corazón se desbocaba cuando la veía hablar con algún chico en el instituto. Pero, como es lógico, no le dije nada de todo eso.

—Claro que no estamos enfermos. Toda esta historia de la prohibición del sexo entre hermanos surgió por la religión. A su vez por la procreación. El parentesco de los familiares aumenta los problemas genéticos de los niños. Además, piensa una cosa. Podíamos no haberlos conocido de pequeños, por cualquier circunstancia, y conocerlos en una discoteca.

—Pero no fue así. Nos hemos bañado juntos, jugado. Teníamos mucha complicidad.

—Ahora que lo dices, demasiada. Tampoco era normal. Ni nos peleábamos.

—Este libro que estoy leyendo dice que es normal que los gemelos tengan esa complicidad.

—¡De la complicidad al sexo, si tu hermana está para mojar pan, hay un paso!

—¡Idiota! Estoy hablando en serio.

En ese mismo instante, aprovechando que se puso a reír, quise arrebatárle el libro. Fue entonces cuando de dentro cayó al suelo una hoja amarillenta. Judith enrojció, eso fue lo que me hizo sospechar. Pero con suma rapidez, volvió a coger el papel, para guardarlo en su minifalda.

—¿Qué era eso? ¿Algo de papá?

—Nada, tonto.

Mi corazón empezó a latir. A pesar de que todo había ido muy rápido, hubiera jurado que aquello era un poema.

Judith despistó y puso en marcha el aire acondicionado.

Me miró riendo y empezó a desabrocharse los botones de la blusa. Dejó el libro en lo alto de una estantería.

Aquel día me hizo el amor de una manera distinta. Con rabia.

Aproveché, cuando terminamos y se fue al baño para buscar el libro. Pasé todas las hojas. No estaba aquel papel.

Vuelvo a mis dieciocho años y al espejo del baño. Esta soledad me está matando. No puedo comer, ni dormir. Ni masturbarme sin sentir un dolor que me traspasa las venas.

He de irme con Judith. Antes de que el dolor sea demasiado insoportable.

Pero antes que nada tengo que encontrar esa hoja amarillenta y saber por qué Judith se suicidó.

### *CATHERINE. LONDRES. 14 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Todo cambió el mes pasado. La noticia de que Valentino se retiraba, después de dedicarse cuarenta y cinco años a la moda, hizo que nuestra tienda, al igual que todas las tiendas de alta costura, diera un giro inesperado.

De repente, todas las mujeres de Londres, jóvenes y maduras, vírgenes o ninfómanas, querían encargar vestidos rojo carmesí del diseñador.

Cuando llegó uno de los encargos directamente desde París, absurdamente, para la mujer más entrada en carnes de nuestra clientela, pidió expresamente que fuera yo quien le hiciera los arreglos.

Odiaba a esa mujer. No por su físico, sino por su olor. Supongo que tenía un problema en sus glándulas sudoríparas que le hacía oler como un pescado podrido.

La mujer, Elizabeth creo que se llamaba, hacía tremendos esfuerzos para que le entrara una talla 44.

Mientras iba ayudándola, ella empezó a hablar: «Ese hombre era un genio. Hasta Jackie Onassis adoraba sus diseños. Y Catherine Deneuve, su musa, una mujer tan bella...».

Hablaba y hablaba sin parar. Intentaba no escucharla hasta que pronunció aquel nombre: «Norma». Esa mujer iba a sustituir a Valentino. La misma mujer que me hizo creer que era mi amiga, y me lo arrebató todo.

Salí del trabajo alegando una excusa, después de haberle clavado una aguja a la pobre mujer.

Hacía frío en la calle y busqué un taxi sin ningún éxito. Entre transeúntes y paraguas, mi pasado luchaba por apoderarse de mis neuronas. Norma. Norma. ¿Cómo podía ser? ¿Por qué ella? La mujer a la que más odiaba en la Tierra.

Ha pasado un mes desde que Valentino se retiró, y que el nombre de esa mujer me revolvió las entrañas. Sigo sintiendo el mismo vacío.

Y como aquel maldito día, intento coger un taxi.

La lluvia me empapa la ropa. Ha parado un taxi, pero me ha dicho que no le va bien ir a esa zona. ¡Por Dios!

Por fin un taxista hindú se apiada de mí.

—¿A dónde va, señorita?

—A Edgware Road, número 131.

—Suba. Ya había acabado mi turno, pero está empapada.

—Muchísimas gracias.

Agradezco la calidez del automóvil y del hombre. Observo que me mira por el espejo retrovisor con curiosidad, pero no me importa.

El taxi va comiéndose las calles a bocados y yo intento olvidar mi vida, sin éxito. Las gotas de lluvia mojan mis recuerdos.

Desde que era una niña, ansiaba llegar lejos en el mundo de la moda. Me sabía de memoria la vida de todos los diseñadores, desde Calvin Klein hasta Jean Paul Gaultier, pasando por Miuccia Prada y Helmut Lang.

No pude finalizar mis estudios de diseño. Si Norma no hubiera existido, quizás todo hubiera sido distinto. Y ahora ella no solo es

una de las mejores, sino que ocupa el lugar de Valentino. Ni en mis peores pesadillas...

—¿Se encuentra bien?

No comprendo por qué razón el taxista me pregunta esto hasta que caigo en la cuenta de que estoy llorando. A falta de pañuelo, me enjuago las lágrimas con el pañuelo rojo de Armani que llevo en el cuello.

—Sí, estoy bien, cansada.

—¿Sabe qué dicen en mi país? Si estás cansado es por lo que te rodea. Cámbialo, y volverás a tener fuerza.

—Es lo que intento. Pero no es fácil.

—Nada lo es. Pero por lo menos usted está en su país.

—Se equivoca. Mi país es Irlanda. Mis padres tuvieron la gran idea de traerme aquí cuando yo tenía siete años. Dicen que hay más oportunidades aquí. No se lo crea, todo es un engaño.

—¿Qué es lo que echa de menos? Yo, de la India, le parecerá una tontería, los olores de las flores de mi pueblo, la comida de mi abuela.

—No es ninguna tontería. Lo que más nos marca de pequeños son los olores, las voces. En mi caso, los colores. El color verde intenso de las colinas. Dicen que por eso las mujeres irlandesas tenemos los ojos verdes. De tanto mirar las colinas.

—Debe ser un bonito lugar Irlanda. Ya hemos llegado. Y ha dejado de llover.

—Ha sido un placer, señor...

—Asmid. ¿Y usted?

—Cathy.

Salgo del taxi y me dirijo a casa de mis padres. Asmid me llama:

—Cathy, se olvida el pañuelo.

Ni siquiera me giro. Abro la verja blanca y cruzo el jardín de flores amarillas. El sonido del taxi se aleja.

Introduzco la llave en la cerradura, y los olores de mi infancia se hacen presentes.

Al entrar en el recibidor, pequeño y claustrofóbico, me doy cuenta de que mi padre tiene la tele encendida.

—¡Papá!, soy Cathy.

—¿Hoy es miércoles?

—Por eso estoy aquí.

—Pues haz algo útil y cocíname algo. Desde que tu madre murió, no como nada en condiciones.

Me quito la chaqueta mojada y me acerco a él para besarle. Me aparta con asco.

—Aparta, vas a ensuciarlo todo. ¡Jesús! Déjame que te mire. Pareces una puta, tal como vas vestida. Se te ve todo. ¿Y a ti te gustaba Audrey Hepburn?

Aún oigo sus carcajadas a pesar de haber cruzado la verja. Me doy cuenta de que me he dejado la chaqueta y que no pienso volver jamás. Me calmo. Respiro hondo, y pienso en lo que me ha dicho el hindú esta noche. Volveré una última vez.

*PIÈRRE. BRUSELAS.  
14 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Hace mucho frío y la hierba está húmeda. Pero no me importa. Sentado con mi traje debo parecer ridículo. Y eso es lo que soy, una persona ridícula y miserable.

Los japoneses que tengo al lado han tirado doscientas fotos del Atomium. No entiendo tanto interés. Y peor es cuando entras al interior. Luces psicodélicas, para niños de jardín de infancia. Creo que lo único interesante es cuando haces cola para entrar y ves la foto de Elizabeth Taylor. En blanco y negro, pero a pesar de ello, si me concentro puedo ver sus ojos color violeta.

Y si fuera a casa y no hiciera el imbécil, también los vería, pues mi mujer también los tiene de ese color, aunque últimamente, cuando me mira, se le oscurecen.

Tengo cuarenta y cinco años y mi vida está acabada. Debo dinero al banco. Nos quitarán la casa, el coche. Los niños dejarán de ir a colegios privados y sufrirán acoso escolar. Todo es una mierda. Llevo horas haciendo entrevistas, repartiendo currículos, pero todo es inútil. Nuestro ramo es muy pequeño. A estas alturas, la única que no debe saber que he robado a la empresa es mi esposa.

Me resigno. Iré a casa a cenar. Hoy es miércoles. Habrá hecho conejo a la flamenca. No tengo ni hambre; solo de pensar en las crueldades, el vino y la grosella, me dan ganas de vomitar. Fingiré. Como siempre.

Las luces del Atomium se encienden, pues está anocheciendo. Los turistas vuelven a sus hoteles, los ejecutivos a sus casas y los políticos... bueno, esos no sé, llevamos cinco meses sin gobierno, aunque tampoco se nota, la verdad.

Me levanto de la hierba y me dirijo a mi Mercedes. Pronto me lo quitarán, así que mejor que lo disfrute. Enciendo el motor y la radio: «Estamos viviendo una de la crisis más largas de la historia de Bélgica...».

Apago la radio y opto por llegar a casa en silencio.

En cuanto llego y abro la puerta, los niños se me abalanzan. Toda la casa huele a laurel.

—Mira, papá, he hecho un cuadro en el cole.

—Precioso, Paul.

Cojo a Jean, el pequeño, en brazos y nos dirigimos los tres a la cocina. Monique, con el cabello recogido y el delantal, sigue estando atractiva. Al besarla, noto su sudor por los vahos de las ollas. Me gustaría tenerla ahí mismo. Pero están los niños, la comida, y, sobre todo, la frialdad de su mirada.

Paul y Jean se van al comedor a jugar con Tintín, nuestro hámster. Yo intento ayudarla con el conejo.

—¿Me acercas el vino blanco? ¿Qué tal ha ido el día?

Le paso el vino, y vislumbro la idea de decírselo todo. De volver a empezar. Ella lo comprenderá, volverá a trabajar. Yo encontraré otra cosa y volveremos a follar.

—Ha sido un día estupendo. Han venido unos japoneses y han hecho un pedido importante.

—Genial. ¿Puedes poner la mesa?

Nos sentamos y Monique reparte el conejo en los platos. La televisión está al taco, los niños se están peleando y el hámster no para de hacer ruido en su jaula. En estos momentos sería preferible ser el conejo muerto.

Me llevo una grosella a la boca mientras escucho, con total indiferencia, que unos turistas belgas han sido secuestrados en Teherán. Por lo que hablan, se ve que están retenidos desde el verano y ni me enteré; una mujer de veintisiete y un hombre de treinta.

Mi mujer parece horrorizada ante las imágenes.

—Se me pone la piel de gallina solo de pensar que nos pasara esto en nuestras vacaciones de Navidad.

—No compares Brasil con Teherán. Ahí hay playas, gente amable y buena comida. No te preocupes, cariño.

Ella sigue mirando la televisión, y yo miro mi futuro. No iré a Brasil, y en Navidad no tendremos ni casa. Hace tres años que no me

hablo con mis padres, viven en Finlandia. Monique no tiene familia, así que la única solución será la casa de mi amigo Jacques.

De repente Paul grita histérico. Jean se ha levantado de la mesa, y ha abierto la jaula de Tintín. El animal corre despavorido por el piso. Nos levantamos e intentamos cogerlo. Es inútil. Su cabecita choca contra la pared y toda la sangre salpica a Jean.

No sé reaccionar. Monique coge al niño, lo limpia y tranquiliza. Después coge una caja azul y pone al animal con toda la delicadeza de que es capaz. Lo entierra en el jardín.

Luego los lleva a la cama, les da un vaso de leche caliente y les cuenta un cuento.

Ahora, todo es silencio, y recuerdo algo que me dijo Jacques: «Los animales a veces se suicidan. En 1966, en Sharbish, cerca del delta del río Nilo, unos asnos se golpearon la cabeza contra un muro...».

Pienso si Tintín ha querido suicidarse.

Observo la jaula, ahora vacía, que nadie se ha acordado de tirar.

## CAPÍTULO 3

### ¿LA SOLEDAD ES ESTAR SOLO?

*MICHAEL. NUEVA YORK.  
21 DE NOVIEMBRE DE 2007*

**H**an pasado quince días desde que se me ocurrió la idea del programa Suicidio Colectivo. Fue complicado convencer a Richard, aún más a David, el productor. Pero lo peor será venderle a Wendy la idea de que voy a hacer un programa de «investigación».

La espero en nuestro ático. Puedo ver Central Park iluminado. Me encanta esta ciudad. Si escuchas con atención, puedes oír a Frank Sinatra cantando New York. Si vas al Puente de Brooklyn, puedes ver, entre las sombras, a Annie Hall.

Es cierto que todos hemos cambiado desde el ataque terrorista a las torres. Pero en mi caso ya había perdido amigos en Afganistán, en Irak, en Irán.

Fuimos a esos sitios, George, mi mejor amigo, como fotógrafo; y yo como reportero de guerra.

Lo que vivimos allí fue espeluznante. Niños arrastrándose sin piernas. Mujeres apaleadas, embarazadas violadas, y después abiertas en canal para extraerles sus bebés. Era increíble.

Una noche estábamos haciendo unas fotos a una mujer en Afganistán. Llevaba un burka blanco. Nos contó que era médico, pero que a las mujeres se les prohibía ejercer, e incluso entrar en un hospital. Si la mujer estaba enferma o tenía que dar a luz, no podían atenderla, ya que las clínicas eran llevadas por hombres, y estos no podían tocar a ninguna mujer.

Nos contó que ella misma dio a luz a su hijita en casa, y cortó el cordón umbilical, pero posteriormente, la niña cayó enferma.

Suplicó, imploró, a su marido, a su familia. Su marido, por intentar ayudarla, estaba en la cárcel y su familia no quería saber nada de ella. La niña murió.

George hacía las fotos, y yo iba grabando todo lo que nos contaba.

Entonces sucedió algo inesperado. Pasó por nuestro lado un talibán y ella se quitó el burka delante de él, desafiante. No llevaba nada debajo.

El hombre la cogió por el cuello, en una décima de segundo, y le rebanó el cuello. George, como loco, se tiró hacia el hombre, y aunque intenté sujetarle, fue en vano. Un compañero de aquel hombre le disparó.

La sangre le salía a borbotones. Le abracé, grité pidiendo ayuda, alegando que éramos periodistas. Nadie acudió. Estuve toda la noche quieto, llorando, abrazando a mi amigo de la infancia, y con una mujer al lado, desnuda, con los ojos abiertos sin vida, pero libre. Aunque su libertad me había arrebatado a una de las personas que más quería.

—¿Qué haces a oscuras? Voy a encender las luces.

—No te oí llegar. ¿Todo bien?

—Sí, al final la señora Linn ha accedido al presupuesto. Aunque su idea de la decoración es muy rara. Quiere todas las paredes y los muebles rojos.

—Esa Linn, ¿no es la noruega? A lo mejor quiere calidez en las habitaciones. En su país hace más frío que aquí.

—¿Y qué? Ahora está en Nueva York. Intenté convencerla de poner las paredes blancas y los muebles negros, pero entre la dificultad idiomática y su tozudez, desistí.

—¿Y su marido, qué dice?

—¿Ese? No dice nada el pobre. No habla una palabra de nuestro idioma. Solo me mira y sonrío. Bien, Michael, cuéntame. He venido antes porque me has dicho que teníamos que hablar y cuando tú dices eso, ya tiemblo. ¿Qué ocurre?

Se quita la chaqueta, la ropa, y se pone una camiseta de las mías. Sus pies descalzos por la moqueta blanca me recuerdan el día que nos conocimos, patinando en Central Park, hace quince años.

Yo también decido ponerme cómodo y me pongo un chándal gris. Me sirvo una copa y le ofrezco una también a Wendy, pero ella la rechaza. Espero que la conversación no se alargue, pues ahora que las

luces iluminan sus senos, mi objetivo primordial es relajarme entre sus piernas.

Se ríe, se diría que me está leyendo el pensamiento.

—¿Qué? ¿Me lo vas a contar o te lo cuento yo?

—¿Ya lo sabes? ¿Te lo ha dicho Richard? ¿Cuándo?

—Eso qué importa. Te veía preocupado, y como tú no me contabas nada, opté por invitarle a comer. Un canard, y mis encantos, hicieron milagros.

—Pues sí ya lo sabes, no hay sorpresa. ¿Qué te parece? Sí, ya sé que es caer muy bajo, pero se trata de hacer algo para entretener a la gente. Eso es lo que quieren después de todas las cosas que suceden alrededor.

Es una manera de que se den cuenta de que la vida es bella.

—¿Cómo la película?

—Wendy, no seas cruel y dame tu opinión.

—Michael, estoy haciendo coña. Me parece muy bien e interesante. El suicidio es uno de los temas menos tocados por los medios de comunicación, e incluso la literatura, el cine.

—El club de los suicidas.

—Sí, tienes razón, pero si no recuerdo mal, es de 1800, ya han pasado unos añitos. Además, en esa novela juegan a las cartas y se matan mutuamente.

—Algo así. Pero nuestro programa no será tan profundo como quieres dar a entender.

—Quizás lo será, más de lo que te imaginas.

—Quizás.

Vuelve George a mi mente. Wendy apaga las luces y se acerca a mí. Puedo verla claramente pues hay luna llena, y la luz entra por los amplios ventanales.

—Yo también le quería, Michael.

La cojo entre mis brazos y empiezo a acariciarla. La tersura de su piel me hace olvidar los infiernos.

### *SVETLANA. MOSCÚ. 21 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Ya no noto el frío de Moscú. Yuri, el hombre que conocí hace dos semanas, me hace la vida más fácil. Con lo que me paga, no hace falta que trabaje para nadie más. Y muchas veces, la mayoría, ni siquiera nos acostamos.

No recuerdo ni el sabor de la sopa borsch. Las remolachas, las patatas y la col han dejado paso a los ahumados, el caviar y los dulces. Cada día me lleva a un restaurante distinto. He recuperado el color de mis mejillas, y se diría que estoy atractiva.

Hoy hemos quedado en El Kremlin, al lado de lo que llaman «La Campana Zarina». Después quiere llevarme a su propio restaurante. Lo lleva con su hermano.

Según él, su restaurante tiene los mejores ahumados del mundo.

Podría ser un día tranquilo, pero estoy muy nerviosa. Alexey ha llamado, casi inmediatamente después de quedar con Yuri, para decirme que era urgente que nos viéramos.

No sé qué tendrá que decirme, pero he decidido quedar en el Mausoleo de Lenin, de manera que estaré cerca de la cita posterior. Si hay algo que Yuri no soporte es la impuntualidad.

Me visto rápido y cojo un taxi. Ahora me lo puedo permitir. Durante el trayecto, no puedo dejar de mordermme las uñas. El hecho de que mi hermano quiera verme, después de un año, y con urgencia, no presagia nada bueno.

Intento pensar en los momentos buenos. La Navidad, el único día que podíamos tomar ahumados. Mi padre había ahorrado todo el año para poder agasajarnos con ello. Éramos felices. Pobres, pero felices. No es cierto que el dinero dé la felicidad. Solo lo hace cuando no tienes nada más.

El taxista me cobra una fortuna. Con ese dinero podría alimentar a una familia. No volveré a tomar ninguno más. Me siento culpable.

Llego al mausoleo, rojo y negro, repleto de turistas. Me pregunto si sabrán quién es Lenin. Ingleses, franceses, alemanes. Pocos europeos conocen nuestra historia. Aunque no quiero generalizar. Conocí a Michael y Wendy al hacerles de guía improvisada. Me sorprendió la cultura que tenían de Rusia; de todos modos ahora recuerdo que eran americanos, para que luego digan.

Sigo observando a los turistas, abrigados con guantes. Es la manera que tenemos de diferenciarnos. Si eres ruso, no llevas guantes.

Por fin. Ahí llega Alexey, le distingo por su larga bufanda, nunca se separa de ella, su larga melena (ni papá logró que se la cortara). Su gesto cansino y su forma de andar le delatan. La droga le está envenenando.

—Hola, Sve. Gracias por venir.

—Soy tu hermana, idiota. Te mandaré a la mierda, pero no tengo más familia.

—¿Es solo por eso, o porque me adoras?

—Serás creído... La droga no te ha hecho cambiar.

—A ti, ser dama de compañía tampoco.

—¿Vamos a hacer terapia de lo que somos y fuimos, o me dirás qué es lo que ocurre?

Baja el tono de voz y me agarra por el hombro, instándome a alejarnos de los turistas y a seguir paseando. El sol que hace hoy se agradece, por un momento pienso que lo ha traído él; pero inmediatamente su rostro cambia, parece asustado. Entonces recuerdo que le quiero, y le escucho con atención.

—Tienes razón con lo de la droga. Llevo haciéndolo un año. Cuando estás metido en este mundo, conoces a mucha gente. Gente mala, Sve.

—¿Me estás diciendo que estás metido en un lío? ¿Necesitas dinero? ¿Es eso?

—¡No, Sve, maldita sea! ¡Eres tú la que está metida hasta el cuello!

—Yo, ¿por qué?

—¿Sabes con quién estabas comiendo ayer, cerca de los almacenes Gum?

—Con Yuri, un amigo. Bien, un cliente.

—¿Te ha dicho quién es, a qué se dedica?

—Tiene un restaurante. Hoy iba a llevarme a verlo. Me presentará a su hermano. Lo llevan juntos.

—¡Eso es una tapadera, Sve!

—¿Qué quieres decirme? Me estás asustando.

Supongo que me ve muy aterrada, porque dulcifica su rostro y su voz. Me coge la mano, como cuando éramos pequeños y yo no podía dormir porque me daban miedo las sombras.

Seguimos caminando, y su tono va bajando hasta convertirse en un susurro. Hago esfuerzos por oírle. Unas nubes han cubierto el sol.

—Verás, Sve. Voy a intentar explicártelo lo mejor que pueda. Yuri y Sergey, su hermanastro, son dos de las personas más importantes de la mafia rusa. Por eso tienen tanto dinero. Se encargan de vaciarles los bolsillos a los pobres comerciantes. También venden chi-

cas a toda Europa. Muchas, incluso sirven para tener bebés, y de esta manera venderlos al mejor postor.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Ya te lo he dicho, si te metes, sabes quién es todo el mundo en Moscú.

—¿Por eso has venido? ¿Para prevenirme?

—No. Sve, cariño. Hay más. Nunca quise contártelo, pues con uno que se drogara había bastante. Cuando papá y mamá nos trajeron de Palej, buscaban un mundo mejor. Y casi lo encontraron. Tú eras muy pequeña, no recuerdas casi nada, supongo, pero las miniaturas lacadas empezaron a tener éxito. Papá estaba muy contento. Decía que haber venido aquí era un acierto. Hasta que un aciago día llegó Yuri, más joven, más inexperto, pero el mismo hijo de puta. Primero les pidió un diez por ciento, luego un cincuenta, y así hasta quedar casi arruinados. Mamá se enfrentó a ellos, y Yuri amenazó con raptarte y venderte. Nuestros padres estaban tan asustados que optaron por aceptar. No podían hacer otra cosa. Así lo hicieron durante años, nunca te dijeron una palabra.

—¿Y tú, por qué no me dijiste nada? Yo veía que mamá y papá siempre estaban tristes.

—Me hicieron prometerte que nunca te diría nada. Pero un amigo me dijo que te había visto con él. Pensé en matarle, pero eso solo sale bien en las películas.

—¿Por eso se suicidaron?

—Esa es la punta del iceberg. Pasaron los años, tú ya estabas trabajando y yo me buscaba la vida. Una noche fui a casa, nadie me abrió y entré a hurtadillas. Estaban discutiendo. Nunca les había visto gritar así. Mamá lloraba y le decía a papá que era un cobarde. Por lo que oí, Yuri estaba cobrando algo más que dinero.

—¿Qué pretendes decir?

—Que Yuri se acostaba con mamá. Tú sabes, era muy bella. Como tú. Supongo que se la recuerdas, por eso no ha parado hasta acostarse contigo.

—Pero si casi no nos hemos acostado. Y es muy amable conmigo. ¿Estás seguro de todo esto? ¿Tienes pruebas?

—Las he traído. Te conozco, y sabía que no me creerías. Cuando se suicidaron, dejaron esta carta.

—¿Por qué no dijo nada la policía?

—No pudieron encontrarla. Llegué antes, por casualidad, no respondían al teléfono, y además la carta iba dirigida a mí. Juré que nunca te la dejaría leer.

—Por favor, déjamela ver.

Me da la carta. La última carta de papá. Veo su letra, me salto comas, puntos, y pierdo toda la ingenuidad que me quedaba. Le devuelvo la carta a Alexey, y empiezo a temblar y a vomitar. No puedo sostenerme en pie.

Unos turistas alemanes se aproximan, intentando ayudarme. Me ofrecen agua. Bebo, e intento que me quede un gramo de fe en el ser humano.

Los extranjeros se alejan y Alexey me acaricia. Sonríe, y yo entonces lloro todo lo que no lloré en el entierro de mis padres. Alexey me abraza. Coge mi móvil.

—¿Dónde has quedado con él? Llámale y dale cualquier excusa... Que estás enferma.

—Y lo estoy. No será ninguna mentira. Hemos quedado en «La Campana Zarina».

Alexey se ríe al decirle dónde hemos quedado, y me contagia su risa. Encargaron hacer la campana más grande del mundo, y lo lograron, pero era tan grande que se rompió al forjarla. Nunca ha emitido ningún sonido.

### *ITAMI. TOKIO.*

#### *21 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Hemos ido a Kamakura con Kazuzo. El tren nos ha traído enseguida. Nos conocimos aquí, cerca del mar, en uno de los sitios con más templos de Japón.

Caminamos por la playa y las olas envuelven las palabras de Kazuzo.

—¿Por qué hoy no tienes visita con el psicólogo? No me malinterpretes. Me encanta venir aquí, pero me extraña que no trabaje.

—Me avisó con tiempo. Su mujer es americana y, en estas fechas, cada año van a su país, a celebrar lo que ellos llaman «Acción de Gracias».

—¿Qué es eso?

—Pues, la verdad, no es que lo tenga muy claro, pero por lo que me explicó, se reúnen las familias para comer y agradecer lo que les haya deparado bueno el año.

—¿Y si el año no les ha traído nada bueno?

—Supongo que un año es muy largo.

—No sé, Itami. Este año ha sido horrible. Te diagnosticaron la esquizofrenia, intentaste suicidarte.

—Lo siento. Todo es mi culpa.

—No. Soy yo la que lo siente. Sé que no hemos hablado nunca de ello pero me equivoqué, me asusté. No conocía esta enfermedad. Pero cuando casi te perdí, entonces me di cuenta.

—¿De qué?

—De que, estuvieras cuerdo o loco, eras lo único que amaba. Nunca te dejaré. Siempre estaré a tu lado. Perdóname mi reacción al principio. No estuve a la altura.

—No tengo nada que perdonarte. Ni siquiera mis padres reaccionaron bien.

—¿Ahora cómo están? Nunca me hablas de ellos.

—Desde que intenté abrirme las venas están muy cariñosos. El psicólogo les dijo que mostraran sus emociones. Les cuesta, lo noto. Y en verdad, hasta me agobian.

—¿Yo también te agobio?

—Es distinto.

—Pero ya no hacemos el amor.

—No tengo ganas. Lo siento. Será pasajero.

La quiero, y me muero de ganas de tenerla, pero me duele. Me duele el saber que la perderé, pero no puedo hacer otra cosa.

Empieza a hacer frío, y nos alejamos de la playa. Nuestro lugar preferido es el templo donde está El Gran Buda. Allí nos besamos por primera vez.

La brisa nos arrastra hasta allí. La gran estatua de bronce parece reconocernos. Kazuzo me anima a entrar al interior. Todo está oscuro. Creo que me besaré, pero no lo hace. Noto su cuerpo rozándome los tejidos y tengo miedo de empalmarme. Le ruego que nos vayamos.

—Ya te he dicho que no puedo.

—¿Hay otra?

—Pero, ¿qué dices?

—No sé, Itami, no quieres estar conmigo. Casi no me miras. No me dices lo que piensas. ¿No confías en mí?

Será mejor llevarla al restaurante de la primera vez, y luego, por mucho que me duela, amarla, o acabará sospechando.

Cuando me he excitado, en plena oscuridad, lo he visto claro. Pondré un anuncio en Internet. Para europeos o americanos. Unas seis personas. Les pediré a mis padres las llaves del palacio de Venecia. Les diré que quiero descansar, desconectar. Será un suicidio colectivo. Esta vez lo haré bien. Lejos de mi país y de mi gente. Además, no quiero hacerlo solo.

Hemos llegado al restaurante y Kazuzo tiene mejor cara. Pedimos lo mismo que aquella vez: ika y unagi. De postre, dos daifoku. Cuando llego a las bolas de arroz rellenas de nata y fresa, ya le he contado el rollo de pasar unos días fuera, luego ya vendrá ella y pasaremos unos días románticos. Aunque parezca increíble, se lo ha creído.

No sé si es el sake, pero al llegar al hotel, Kazuzo me pide algo inesperado: que la ate y la posea por detrás.

Hago lo que me pide, con toda la furia que llevo dentro. Sé lo que intenta. Demostrarme que no me tiene miedo.

#### *LIV. BERGEN. 21 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Me pierdo por la zona de calles retorcidas de Lille Ovregaten, buscando en las numerosas tiendas de antigüedades, algo para regalarle a Lena cuando vuelva de Finlandia. Ella seguramente me traerá algo y yo nunca le he regalado nada.

Encuentro, por fin, en una tienda diminuta, una muñeca de porcelana, hecha a mano, del color de la aurora boreal. Eso le recordará buenos tiempos, cuando fuimos todos a Tromsø a ver el fenómeno meteorológico más bonito del invierno.

El anticuario me envuelve el regalo, e inconscientemente me arreglo el cabello en un espejo de la entrada. He decidido ir hoy a ver a Kaj. Se lo prometí a Lena, y aún no he ido.

Son las cinco de la tarde. Pago al anticuario, y me dirijo a casa del marido de mi amiga. Es una hora en que antes solía escribir.

Llego y llamo a la puerta. No me abren, y recuerdo que siempre está abierta. Entro, dejo mi abrigo en el colgador. Se oye la máquina de escribir. Kaj nunca ha querido utilizar ordenador. Ni móvil. Por eso no pude avisarles cuando Ingmar se suicidó. Lena no, pero él me ha echado en cara que no le avisáramos enseguida. Pero, ¿cómo quería que lo hiciera? Ellos estaban en el cine, y yo ni siquiera sabía la película.

Mis tacones siguen el humo de su pipa. Está como siempre, en su silla preferida, delante de la mesa, con la máquina de escribir. Libros de cine por doquier. Veo unas imágenes de Liv Ullmann en blanco y negro.

—¿Qué coño haces aquí?

—Perdona, Kaj, la puerta estaba abierta. Tu mujer me dijo que viniera a verte.

—La buena de Lena. La santa de Lena. Todos la quieren.

Me siento y observo las botellas. Kaj está totalmente borracho.

—¿Quieres que te haga un café?

—¿Para qué?

—Te irá bien para trabajar. ¿Qué estás escribiendo?

—Una mierda, eso es lo que estoy escribiendo. Me han encargado una recopilación del cine escandinavo, ¿puedes creerlo? Empezar por los clásicos como *Hambre*, seguir con Bergman, y tendré que acabar con el dogma, que dicen que es cine experimental. Sin música, cámara en mano, y mostrando a los personajes tan reales como la vida misma.

—Pues a mí me gusta el dogma.

—¿Sí? Ponme un ejemplo.

—Celebración. La fuimos a ver con Ingmar. Nos gustó.

—Eso está bien. Que te gusten las películas de secretos.

El tono de Kaj es amenazante. Empiezo a sentirme incómoda y hago ademán de marcharme.

—¿Qué te ocurre? ¿No quieres que hablemos de la película? Tú has sacado el tema.

—Por hablar de algo.

—Pues hablemos. La peli va de un padre que se folla a sus hijos cuando son pequeños, ¿no?

—A todos no. Al pequeño lo llevan a un internado. En la fiesta, cuando ya son mayores, descubre el secreto familiar.

—¿Sabes qué es lo peor del tema?

—¿El suicidio de la hermana?

—No. El silencio de una madre. Que lo sabe y calla... Y tú, Liv, ¿lo sabes?

—¿El qué?

—La razón de que esté borracho, te esté avasallando, y ahora te haga la mujer más desgraciada de la Tierra.

—Mi marido se ha suicidado. No creo que haya nada que me duela tanto. Así que no sé qué te pasa, Kaj, pero di lo que tengas que decir, luego me iré. Cuando vuelva Lena, le diré que todo fue genial.

—No creo que esto se lo cuentes a mi mujer, querida Liv: tu marido y yo éramos amantes. De siempre. Os mentimos. No éramos heterosexuales, pero tampoco éramos valientes, así que os hicimos servir de tapadera. Buscamos dos amigas que siempre fueran juntas. Os sedujimos, y ya está. Esta, pequeña Liv, es mi celebración.

Por un momento pienso que es una maldita broma. Pero entonces atino en la desesperación de Kaj en el entierro, en la insistencia de Ingmar de quedar siempre con ellos. Nunca estábamos solos. Y sobre todo atino en la insistencia de poseerme por detrás.

—Nunca sospechasteis nada. Nosotros no éramos de Bergen. Os dijimos que no teníamos familia. Que vinimos aquí y nos hicimos amigos. Qué historia más triste.

—¿Tenéis familia?

—Sí, en el sur, no te diré dónde. El acuerdo fue que si nadie nos conocía, no podrían decirnos que nos conocíamos de antes. Una buena idea.

—¿Y ellos? ¿Saben que os casasteis?

—Nos repudiaron. El día que nos encontraron desnudos nos dieron una paliza. Nos prohibieron vernos.

—Pero ¿qué edad teníais?

—Quince. Tuvimos que estar tres años sin vernos.

—¿Y después?

—Después nos vinimos a Bergen. Con dieciocho años haces lo que sea por amor y empezamos desde cero. Lo único que nos faltaba era una tapadera. No queríamos tener problemas.

—Y encontrasteis a dos pardillas.

—Algo así. Creo que he sido demasiado brusco, Liv. No quería contártelo así.

—¿Es que hay otra manera de contarlo?

—Liv, sabes que te aprecio. Es que me estoy volviendo loco sin él.

—¿Lena sabe algo?

—No. En absoluto.

—Pero tenéis dos hijos.

—No son míos. Son de inseminación artificial. No le dijimos nada a nadie, para que ellos nunca se enteraran.

—Tú, ¿no puedes tener relaciones?

—No. Sé que Lena nunca te lo ha dicho, pero no le gusta el sexo. Lo único que quería era tener hijos y una familia.

—No lo entiendo. Ingmar y yo sí teníamos relaciones.

—Él era distinto; si se concentraba, podía hacerlo. Además, te quería. Llegó a quererte mucho.

—¿Tú no quieres a Lena?

—Yo nunca he querido a nadie, Liv. Solo a él.

—¡Esto es una locura! ¡Tantos años! ¿Y por qué se suicidó?

—No lo sé, Liv. Quizás porque estaba harto de tantas mentiras.

Kaj empieza a sollozar, como un animal herido. No me acerco a consolarle. Me levanto, cojo el abrigo del recibidor y salgo de la casa.

Hace un día excepcionalmente soleado. Para mí, es como si estuviera lloviendo.

### *ROGER. BARCELONA. 21 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Ha pasado una semana desde que me empeciné en buscar información sobre el suicidio de mi hermana. Intuyo que la respuesta tiene que estar en la nota de ese libro.

En todos estos días solo llevo escudriñada una cuarta parte de los libros de la biblioteca. No miro solamente los de psiquiatría, los miro todos. Si Judith volvió a esconder la nota, lo hizo rápido, y puede ser en cualquier libro.

De pronto, el ruido de la puerta al llegar mi madre me hace surgir una idea. Apago la música de los Arctic Monkeys, y bajo las escaleras. El sonido de la música sigue en mis oídos, lo cual me ayuda a animarme.

Veo a mi madre en la planta baja, cargada con bolsas. Desde que murió Judith, el tiempo libre que le deja la inmobiliaria lo dedica a pasear por el Paseo de Gracia, y comprar todos los últimos modelos que salen al mercado. Algunos ni se los pone. Por lo que he leído en los libros de papá, encubre su tristeza comprando compulsivamente.

—Hola, mamá. ¿Quieres que te ayude?

—No, cariño, gracias. ¿Qué haces en casa? ¿No tienes cole?

—No, mamá. Los miércoles solo hay conferencias, no hay clases normales. Y tenía deberes.

Por un momento, su perfume Fahrenheit me obnubila. Judith también lo usaba. Me centro y me arrepiento de mentirla. Pero son tantas ya las mentiras que lo que me pregunto es cuándo le he dicho una verdad últimamente. Y eso que, comparada con otras madres, es una tía genial.

Mi madre se dirige a su habitación para guardar la ropa que ha comprado. La sigo, urdiendo mi plan mentalmente. Me siento en su cama. Ella va escogiendo perchas y palabras.

—En mis tiempos se iba al cole siempre. Creo que ahora la enseñanza es un cachondeo. Si tu abuelo viviera, alucinaría.

Sé que ahora hablará de Franco, de la Guerra Civil, de que a su padre estuvieron a punto de matarle. Me sé la historia, pero la escucho con atención ya que, por experiencia, sé que es un tema que, aunque parezca contradictorio, la relaja, y luego podré sonsacarle información. Supongo que a los mayores les tranquiliza hablar del pasado porque es terreno conocido. El presente, y sobre todo el futuro, es incierto, sobre todo si tu hija se ha matado.

Ahora está hablando de los campos de concentración. Me pregunto si lo que de repente se me ha ocurrido no es terreno peligroso. Pero esto es como la ruleta: entras, juegas y la bola se desliza entre el rojo y el negro. También a veces puede ir al verde. Quizás todo esto se asemeje más a la ruleta rusa.

Toda la ropa está guardada junto a los recuerdos. Se sienta en la cama y me acaricia el cabello. Me doy cuenta de que es el mejor momento para indagar. La cogeré por sorpresa y no sospechará nada.

—Es bonita la ropa que has comprado hoy. Por cierto, ¿aún guardas ropa de Bali? Recuerdo que tenía unos colores que eran la leche de guays.

—No; la verdad, Roger, es que no guardé nada de aquella época. Ya no tengo edad para ir tan hippie. Además, mi trabajo de hoy en día me obliga a vestir distinta.

—¿Te acuerdas del viaje? ¿Los sitios que viste? Es que una amiga está haciendo un trabajo sobre Indonesia, y no conoce a nadie que haya ido.

—Uy, déjame pensar. Denpasar, la capital. Ubud, un pueblo de pintores. También desde allí hicimos combinaciones, a Tailandia, Singapur. De todos modos, si hoy tengo tiempo, después de enseñar una torre de La Floresta te haré un resumen para tu amiga. Me gusta que te relaciones con chicas, cariño.

—De coña. Oye, no sabía que habíais estado en Tailandia. Cuando vi la peli de Leonardo Di Caprio, pensé que dentro de unos años me cojo un avión y para allá. ¿Te gustó?

—Pues ahora que lo mencionas, no demasiado. La verdad es que ese viaje fue muy extraño.

—¿Por qué?

—Tu padre, estaba muy raro. Me dejaba en el hotel muchas noches y se iba a pasear, hasta altas horas de la madrugada.

—¿Qué hiciste?

—Nada. Pensé que quizás deseaba estar solo. Su madre acababa de morir, y ya no tenía más familia, aparte de nosotros, claro. En un año se le había muerto su único hermano, la madre, y ya sabes que su padre, tu abuelo, murió cuando él era muy pequeño. Por eso no le dije nada.

Mi madre de repente se levanta, con aire de arrepentirse de haberme dicho todo aquello. Yo, contento, la escucho recoger sus cosas para volver a ir a trabajar. Creo que he acertado un pleno. Mi padre estaba raro a partir de que Judith empezó a llorar, a amarme. Es demasiada coincidencia. Algo me hace pensar que las locuras de esta familia están relacionadas con algo de mi padre. Quizás esa nota era de él, pues cuando intuí algo fue cuando asocié su letra con la de la hoja amarillenta que aquel día tenía Judith. Si estoy en lo cierto, la hoja estará junto a las fotos de Bali. En el cajón del armario de doble fondo. Dudo que mi madre sepa este escondrijo. Pero nosotros sí lo descubrimos, un año en que habían ido a Suecia. Había revistas porno que nos hicieron enojecer cuando éramos pequeños. Ahora sé que eso se llama bestialismo.

Mi madre se despide de mí con un beso. Y yo siento que la estoy traicionando cuando cierra la puerta de entrada. Pero como decía Arnold: «eso son daños colaterales».

Voy a la habitación de mi padre, duermen separados desde aquel año. Abro el armario, y antes de mirar el rincón secreto, reacciono. Hace tiempo que tenía que haberme dado cuenta de que la actitud de mi padre con Judith no era normal. También tenía que haberme dado cuenta de la letra. Esa «t» es inconfundible. Supongo que algo tan horrible como lo que creo que voy a descubrir, si es por parte de tus progenitores, te hace romper los esquemas.

Sin más contemplaciones, encuentro lo que buscaba, o lo que temía. Primero, fotos de Tailandia. Pero no de paisajes, de niñas, desnudas y en posiciones asquerosas. Poniéndose un cigarrillo en la vagina. Con hierros en los pezones. En algunas veo a mi padre fornicando. Las niñas tienen diez u once años. Algunas, menos. Me siento casi como cuando murió Judith. Ya tengo claro adónde iba mi padre esas noches que mi madre se quedaba sola en el hotel. También está claro por qué no duermen juntos.

Y entonces, La Ley de Murphy. Encuentro la hoja amarillenta que vi hace años. No es una poesía, es una carta. De aquellas cartas que nunca deberían escribirse, pero que un tarado como mi padre se aventuró a escribir. A su hija. Aunque él no sepa qué significa esa palabra.

Leo la carta y se me revuelven las tripas:

«Querida Judith. Te escribo estas palabras porque me avergüenza mirarte a los ojos. Cuando la leas estaré en Bali, con tu madre. Siento lo que te hice. Te violé, ahora lo sé. Mi mente enferma pensó que tú querías. Eras una niña. No me di cuenta, hasta que me amenazaste con decírselo a tu madre. Te ruego que no lo hagas. Lo perdería todo. Mi trabajo, mi reputación. Y tú no olvides cómo te sentirías. Olvidémoslo todo. Buscaré ayuda. Y te prometo que no te pondré las manos encima. Te quiero mucho. Para que veas que puedes confiar en mí, te doy esta carta para que la guardes. Si no cumpliera mi palabra, enséñasela a todo el mundo. Te quiere. Papá».

Ahora sí, vomito por toda la habitación. No paro de temblar. Ahora entiendo tantos libros de pedofilia. También entiendo por qué Judith se volcó en mí.

Pero eso fue amor. Estoy seguro. Nos queríamos. Pero supongo que el amor de un hermano no puede hacerte olvidar que tu padre es un hijo de puta. Por eso te suicidaste.

¿Por qué no me lo contaste?

Me siento impotente. Solo. Tengo que vengarme, antes de suicidarme yo mismo. Sé que haré daño a mamá, pero no puedo hacer otra cosa. Se lo debo a Judith.

Suena el timbre del teléfono. No lo cojo y salta el contestador. Silencio.

Quizás sea una llamada de mi hermana, intentándome llamar desde la otra dimensión, para decirme que voy por el camino correcto.

*CATHERINE. LONDRES.  
21 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Otro miércoles dirigiéndome a casa de mi padre. Lo único esperanzador es que sé que es el último.

Hoy la suerte me acompaña. Enseguida para un taxi y el hombre no tiene ganas de hablar. A lo mejor ni siquiera habla mi idioma. Anota la dirección y el camino transcurre lento. Debe ser novato, va muy poco a poco, y no para de mirar la guía, pero no me importa. Me sumerjo en mis recuerdos, como suelo hacer últimamente. Quizás buscando entender algo, aunque sospecho que la vida no tiene sentido alguno.

Hace dieciocho años llovía como hoy. Los ojos azules de él buscaban mi joven piel bajo las sábanas. La buhardilla era pequeña y con goteras. Pero a mí me parecía preciosa. Estaba enamorada como una idiota.

No habíamos ido a clase de diseño. Él también estudiaba, aunque parecía confuso, como si no tuviera claro que la moda fuera su mundo. Solo pensaba en hacerse rico.

A mí, en aquellos tiempos no me importaba nada. Su acento no era inglés, aunque nunca supe de dónde. Me hablaba de Holanda, y de países que no conocía, pero supongo que en esto también me mintió.

Su cuerpo era musculoso, pero sus manos, cuando me acariciaban, eran como si todo vibrara, como la música hecha caricia. No encuentro palabras mejores para definir lo que sentía cuando me tocaba o simplemente me miraba.

Cuando hacíamos el amor, sentía que podía morir allí mismo. La felicidad era tan exultante, que deseaba que todo se parara allí, en aquel preciso instante. Con aquellos ojos azules, aquella buhardilla y nuestra juventud.

Pero la vida no es lo que anhelas. Es más bien una guadaña que te perfora en silencio y te hace sangrar, lentamente, hasta matarte. Pero sin hacerlo.

Me quedé embarazada. Al primer momento me asusté. Pero luego me puse contenta. Sabía que me quería. Nos casaríamos y le tendría para siempre.

No fue así. Cuando se lo dije, mostró su personalidad de verdad. Era ruin. Me dijo que era una puta y que suponía que me

había acostado con otros. Además, él ahora estaba enamorado de Norma.

Dejó de dirigirme la palabra. No me miraba. Como si no existiera. Y yo me moría por dentro.

No supe qué hacer. Nunca he tenido amigas, así que recurrí a mi madre. Ella me dijo que sobre todo no se lo dijera a nadie. Que la reputación de ellos tenía que salvaguardarse. Mi padre me dio tal paliza que pensé que iba a matarme. Pero no me dio en órganos vitales. Sabía cómo hacerlo para que no perdiera el bebé.

Me mandaron a Escocia, a la isla de Skye; ahí vivía la única familia que nos quedaba: una tía solterona y amargada que solo verme me escupió en la cara.

Cuando pienso en aquel primer día, me pregunto por qué no me marché. Estaba tan deprimida al haber perdido al hombre que amaba, que aquellos ocho meses estuve sonámbula. Sin reaccionar.

Mi tía dejó muy claro que en aquellos meses no quería verme para nada. Viviría en la caseta del jardinero. Sin luz, ni televisión, ni nada que hiciera sospechar a los vecinos. Cuando llegara el momento iríamos al hospital y buscaríamos una familia adoptiva para la criatura.

La criatura. Mi niña. A veces los seres humanos no sabemos que podemos aguantar tanto, hasta que las circunstancias nos obligan. No sé cómo pude estar todos estos días, con frío, sin luz, y casi volviéndome loca.

Un día todo cambió. Sentí a mi niña moverse y empecé a tener aquello que algunos inventaron para jodernos: esperanza.

En mis elucubraciones tendría a la niña. Él volvería conmigo y todo iría bien.

Pero todo fue mal. Rompí aguas, y con unos dolores tremendos, intenté pedir ayuda. Mi tía, de esto me enteré tiempo después, tenía un amante y estaba unos días en el pueblo de al lado. Los vecinos habían ido a ver a su hijo a Irlanda del Norte. Por tanto, chillé, me arrastré hasta la casa, sangré lo indecible, y sufrí tanto, que pensé que perdería a la criatura. Así fue. De repente mi niña murió. Dejó de moverse. Y supe, en ese momento, que todo había terminado. Me dormí esperando la muerte.

Pero no tuve suerte. El Padre Charles, un pastor protestante, paseaba por esas montañas a su perro. Oyó mis alaridos. Según él, nunca había oído unos gritos que reflejaran tanto dolor.

Él se encargó de ayudarme. Me llevó al hospital. Me habló de ángeles que estaban con mi niña. Y se encargó de que no matara a mi familia al levantarme de la cama. Lo que aquel buen hombre no sabía es que cuando hay un dolor tan profundo, ni se olvida, ni se perdona, solamente se espera, hasta poder aplastar a los insectos.

Charles me ayudó a enterrar a mi hija, o lo que quedaba de ella. Le dio dignidad. Y cariño. Se encargó de que su ama de llaves y el jefe de la parroquia también vinieran. Para rezar, y supongo que para que no me sintiera tan sola al ver esa tumba tan pequeña, tan blanca, tan mojada de mi llanto. ¿O era lluvia?

Mi tía no apareció. Dos años más tarde cayó de las escaleras y se desnucó. Yo no andaba lejos. Pero arreglé una coartada.

Fue reconfortante ver sus sesos desparramados.

Durante todos esos años fui dando tumbos. Me prostituí. Me acostaba con los que me parecieran más asquerosos y borrachos. Aunque parezca mentira, eso me hacía sentir mejor. Sabía que con mi cara y mi cuerpo podía ser de las putas de clase alta, ir con ejecutivos, cenar, acompañarles. Pero descubrí que cuanto más me humillaba físicamente, mejor me sentía.

Hasta que toqué fondo. Un día me acosté con una mujer. Era vieja, estaba drogada y olía a meados. Nunca había estado con el sexo femenino. Aquello me hizo vomitar, sentir asco, no de la pobre mujer, sino de mí. Había llegado a las páginas de Edgar Allan Poe, y tenía que marcharme de allí o acabaría tirada en la calle, como acabó el autor.

Volví a casa de mis padres. Ellos estaban más viejos. Y yo más cansada, pero sin prisas, y con unos objetivos claros.

Nadie habló del bebé, ni de mi tía muerta, ni de nada. Nos sentamos a comer, y a vivir, como si no ocurriera nada.

Intenté reanudar mis estudios de diseño, pero lo dejé. Una amiga de mi madre me recomendó en la tienda de modas en la que trabajo ahora.

Que mi madre se matara fue muy fácil. El médico le había recomendado Rohipnol para dormir. Solo se trataba de hacerla sentir culpable de lo que había ocurrido para que tomara más, y más, hasta que la dosis fuera letal.

Es increíble lo que puede hacer una foto, un sonajero, voces grabadas, o una canción de cuna. Cosas tan angelicales, siempre

que mi padre salía al bar, la acabaron por enloquecer, hasta que se suicidó.

Lloré en el entierro. Lloré de verdad, pensando que era una lástima que hubiera sufrido tan poco al morir.

Ya no tengo más familia, ahora solo queda mi padre. Esta tarta que llevo en mi regazo es para él, hecha con limón, miel y Rohipnol.

Yo he arreglado mi coartada con una azafata, mediante unos favores; ahora ya no me importa acostarme con mujeres, incluso me gusta más que con hombres. En fin, hoy miércoles, no estoy aquí. Para prevenir vecinos curiosos, voy disfrazada. Nadie podrá conocerme. Y en cuanto a mi padre, estará con la televisión, tendré tiempo de sobra para sacarme todo lo que llevo postizo.

Y esa es mi historia. Ni mejor, ni peor que otras, supongo. El final lo pondré con mi suicidio. Por lo menos esa página de mi vida la escribiré yo.

Bajo del taxi, y abro la verja del jardín.

*PIÈRRE. BRUSELAS.*  
*21 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Salgo del banco, totalmente deprimido. La situación, según me ha expuesto el director, es peor de lo que me imaginaba. Sigo caminando como un autómatas y voy a parar, sin darme cuenta, al barrio de mis padres. Seguramente están viviendo allí aún.

Llevamos muchos años sin hablarnos. Ahora me iría bien la ayuda de ellos. Tienen mucho dinero, y supongo que se encargarán, a su muerte, de dejárselo a quien sea menos a mí. Deben de odiarme. Y no les culpo. Gasté veinte millones en el juego. Eran de mi padre, del negocio familiar.

Me echaron. Dijeron que ya no tenían hijo. Todo eso ocurrió cuando era muy joven. Acabábamos de llegar a Bruselas; habíamos estado toda mi adolescencia y primera juventud en Inglaterra.

Me busqué la vida. Pensé que con mi conocimiento de idiomas y mi físico agraciado lograría cualquier cosa. Y sí, logré un puesto en una empresa importante. Pero el juego me ha arruinado.

Ahora ya no me van a servir los idiomas ni mis ojos azules. Ahora ya es demasiado tarde. Así que no subo a casa de mis padres, paso de largo.

Cojo el tranvía 94 para ir al Bois de la Cambre. Son horas de trabajo y todo lo que me rodea en el trayecto son turistas. El tranvía

hace un recorrido turístico hasta que llega a la parada donde conocí a Monique.

No sé por qué he venido aquí. Seguramente porque tengo muy claro que voy a perder a mi mujer.

Observo con tristeza el lago, los botes, y las parejas que parecen felices.

Camino por la hierba, y pienso en lo que me dijo mi última terapeuta: «Lo que ocurre es que no superó su primer amor. Por eso juega. Busca el placer que no ha vuelto a encontrar».

Dejé la terapia, pero ahora me doy cuenta de que quizás tenía razón la psicóloga. Amaba a esa chica y me comporté como un cerdo. La dejé. Y creo que no he vuelto a amar a nadie de aquella manera. Sí, los orgasmos son fuertes, deseo a Monique, pero aquella primera chica tenía algo especial, entre lo angelical y lo perverso.

He pensado muchas veces en buscarla. Incluso una vez me metí en Google, sin éxito. Sueño constantemente en ella, y cuando me despierto y no la tengo, me doy cuenta de algo terrible. He fracasado, emocional y profesionalmente, y lo que es peor, como persona. Me doy asco.

Una de las barcas me salpica. No solo el traje, sino la mente y, entonces sí, me doy cuenta de que he de dejar de ser un cobarde y enfrentarme.

Iré a casa. Le diré la verdad a Monique. Y dejaré el juego. Puedo volver a empezar. Aún soy joven. Tengo dos hijos maravillosos y una mujer que me quiere.

Esta vez cojo un taxi. Iré más rápido.

Llego a casa, los niños están todavía en el colegio. Su abuela, los miércoles, va a buscarlos y pasan la noche con ella. No sé si es por eso, pero me siento extraño en mi propia casa. No estoy acostumbrado al silencio.

De pronto, oigo unos gemidos. Tintín ya no está; pero miro, por inercia, el lugar donde estaba su jaula. Entonces me doy cuenta de que los gemidos vienen de arriba.

Subo las escaleras en silencio.

Arriba, en el dormitorio, veo a una mujer. Totalmente desnuda. No es Monique. Por la poca luz que entra puedo percibir su cuerpo menudo, su cabello largo y rubio. No salgo del asombro. ¿Quién es esa mujer?

Decido seguir observando. Me he quitado los zapatos. Ni siquiera respiro. Pongo toda mi atención en ver qué mierda está sucediendo.

La mujer se gira y por un momento pienso que me ha visto. Pero no. Ha mirado hacia el baño del dormitorio. De ahí ha salido Jacques, mi mejor amigo. Se acerca a la desconocida y empieza a follársela. Esos eran los gemidos que había oído antes. Pero ¿qué hace Jacques en mi casa? ¿Quién le ha dado la llave?

El ruido del motor de un coche me hace sobresaltar. Parece el de Monique. Pienso en bajar, ir a buscarla y entender todo esto, pero un instinto animal me hace esconderme y esperar a ver qué sucede.

Monique abre la puerta y sube las escaleras. No puedo verla, pero sus pasos son inconfundibles. Pronto su voz me hace despejar cualquier duda, y más cosas.

—Habéis empezado sin mí. No puedo creerlo.

—Monique, no te cabrees, solo estamos haciendo un precalentamiento. Además, piensa que Odette cobra por horas.

—Sí, y las pagas tú. Guau, Jacques, escoges bien. Es realmente preciosa.

No salgo de mi asombro. Escondido en la habitación de los niños, mediante un espejo, puedo ver cómo follan los tres. Jacques es incombustible. Y esa tal Odette, puta, supongo, se lo hace con mi mujer. Ni siquiera sabía que Monique era bisexual.

Después de horas de humillación para mí, la prostituta cobra y se va. Si tuviera una pistola los mataría a los dos. Siempre dicen que la mujer se va con el amigo, pero nunca piensas que te puede pasar a ti, ni que la mujer que cuida a tus hijos y te hace la comida pueda ser tan depravada. Y en nuestra casa.

Ahora se han quedado los dos solos. Jacques fuma un cigarrillo y Monique se está vistiendo. Les oigo hablar.

—¿Te ha gustado?

—Ha sido interesante. Nunca había estado con dos mujeres.

—Te lo dije. Si tienes una fantasía, hazla.

—¿Como tú conmigo?

—Oye, no te equivoques. Tú no eres una fantasía. Quiero a mi marido. Lo nuestro ha sido casual.

—¿Casual?

—Sí, estabas en el momento preciso. Pièrre anda muy preocupado por el trabajo, y no tiene ganas de montárselo. Tú estabas ahí y yo necesitaba sexo. Nada más.

—Creo que es algo más que eso.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que eres una guarra. Y te gustan estas cosas. Con tu marido has de ser la niña buena y puritana que solo hace la postura del misionero.

—Pues por lo menos ha durado. Tu matrimonio, Jacques, no duró ni un año.

—Eso es verdad. Pero prefiero mi divorcio a la mentira de vuestro matrimonio.

—Todos los matrimonios que duran son así.

—Monique, ¿no tienes miedo de que se lo diga?

—No, confío en ti. Si se lo dices, perderás su amistad. No lo harías.

—De acuerdo. No lo haría. Pero ¿y si te dijera que Pièrre ha vuelto a jugar y que lo vas a perder todo?

—¿De qué hablas?

—De la casa, el coche, tu posición. Veo que has cambiado la cara. Quizás no le quieres tanto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Él mismo. Ha vuelto a jugar. Además, no olvides que estamos en la misma empresa. Lleva despedido varias semanas. Robó a la empresa, pero debido a los años que lleva le han dado la oportunidad de devolverlo. Esta casa y todo lo demás es de la empresa.

—Pero ¡eso no puede ser!

—Por supuesto que sí. De la manera que estáis casados no puedes alegar nada. No tenéis separación de bienes.

Oigo a Monique salir de la habitación e ir al comedor a llamar por teléfono. Por su tono y sus palabras, está hablando con mi antiguo jefe. Tras colgar el teléfono, la oigo llorar.

Ahora es Jacques quien baja al comedor. Ya está vestido y se sirven una copa. Oigo el hielo de sus vasos en mi alma.

—Dios mío. Jacques, ¿qué voy a hacer ahora? Los niños. El colegio. Mi madre a duras penas pasa con la pensión de viudedad.

—No tienes que quedarte con él.

—Pero antes has dicho...

—Antes era antes. Monique, yo te quiero. Siempre te he querido, desde que tu marido nos presentó. Por eso no funcionó mi matrimonio.

—Pero Jacques, yo creía que no te importaba, que era solo sexo.

—Hombre, el sexo no está mal.

—No bromees. Estoy en un momento muy difícil de mi vida.

—No bromeo. Ven a vivir conmigo. Tengo una casa mejor que esta. Vivirás como una reina.

—¿Y los niños?

—Me encantan. Incluso podemos tener uno nuestro.

—Pero... esto es muy precipitado.

—¿Precipitado? Llevamos seis años acostándonos. Creo que eso no es precipitado.

—Tienes razón.

—Piénsatelo. No quiero agobiarte.

—No tengo nada que pensar. Tienes razón. Llevamos muchos años juntos. Y Pièrre es un perdedor. Necesito un hombre como tú, con ambiciones.

—Muñeca. Eso es lo que siempre he dicho: «Ambiciona el mejor trabajo, le mejor vida, y tu mujer perfecta, aunque sea la de tu amigo». ¿Te ayudo a hacer las maletas?

—Sí, le dejaré una nota. No quiero enfrentarme con él. Pobre, me da pena.

Suben a hacer las maletas. Siguen hablando de mí. Esta vez con pena, culpabilidad y cariño. Una mezcla extraña.

Sigo en mi escondrijo. Como un cobarde. Como una rata. O como dice Monique acertadamente: como un perdedor.

Oigo a Monique cerrar las maletas. Se van. No salgo hasta que el ruido del motor se aleja. Cuando lo hago, me acerco a nuestra habitación y cojo la foto de mis hijos. Dejo en la mesilla nuestra foto de boda.

Es lo único que me llevaré a casa de mis padres. No tengo otra salida. Antes de marcharme voy a la cocina, enciendo el gas y pienso en suicidarme. Pero no lo hago. Aún no.

## CAPÍTULO 4

### SE ACABÓ EL JUEGO

*MICHAEL. NUEVA YORK.  
28 DE NOVIEMBRE DE 2007*

**M**e dirijo hacia la nueva sede del mejor periódico del mundo: El New York Times.

El edificio, hecho por un arquitecto italiano, es tan espectacular que ya ha entrado a formar parte de la familia del sky line neoyorkino.

Voy acercándome a la Octava Avenida con mi Harley. Richard ha querido que nuestra cita sea en la redacción del nuevo edificio del periódico.

Me gusta Manhattan, incluso ahora que, después del día de Acción de Gracias, se ha inundado de europeos que vienen a pasar la Navidad. La caída del dólar influye. Aunque si he de hacer caso a un amigo que tengo en la bolsa, viene una crisis peor que la del «crack del 29». Aparco y espero que mi amigo se equivoque.

Me apresuro a entrar en el rascacielos. Es impresionante: el cristal y el acero dan a su estructura un aire etéreo. A Wendy le encantaría.

Muestro mis credenciales a un guardia de seguridad, y me señala la redacción principal. Es parecida a la de Todos los hombres del presidente, pero más sofisticada.

Las dos plantas dan a un jardín interior, con abedules y musgo, supongo que por eso le llaman el edificio verde.

Entro en el jardín, y allí está Richard, hablando con alguien. Su cara me es conocida, aunque en este mundillo todos nos hemos visto alguna vez. Como decía mi abuela: «El mundo es muy pequeño, y el tuyo aún más».

Los dos se acercan, sonriéndome.

—Michael, te presento a Samson. Trabaja en esta redacción, por eso te hice venir aquí.

Samson me tiende su mano de pianista. Sus dedos largos, de azabache, me dan confianza. La luz azulada le hace brillar sus blancos dientes.

Después de la muerte de George, le verdad es que no me apetece trabajar con nadie, pero entiendo que un trabajo de esta envergadura necesita un gran profesional que sepa esconder cámaras en sitios insospechados y espiar a la gente hasta dentro de sus bolsillos. Si George levantara la cabeza se reiría de mi proyecto. Le echo tanto de menos...

Hechas las presentaciones, y después de que una secretaria nos haya traído informes, bebidas y su mejor sonrisa, nos sentamos los tres en unos sillones de jardín, que al principio me resultan deleznable, pero luego me siento aliviado y felicito mentalmente al ergonomista.

—Michael, me dijiste que te encontrara al mejor profesional. Y aquí lo tienes.

—Samson, me alegro de conocerte. Aunque creo que nos habíamos visto antes.

—Tienes razón. En la exposición del MOMA.

—¡Es verdad! Mi mujer quería ver esas fotografías, y realmente las tuyas eran magníficas. Sobre todo las de Kenya. Me acuerdo muy bien, esa niña sonriendo, bajo las acacias.

—Es mi hermana. La verdad es que son mi familia. Tengo diez hermanos y ocho hermanas. Puedo escoger.

—De todos modos no entiendo qué haces aquí. Eres uno de los mejores fotógrafos de Nueva York. ¿Por qué quieres hacer un programa como este?

—Me interesa. Además, te admiro. Te soy franco; probablemente si me hubieran ofrecido una colaboración con otro, en el mismo programa, hubiera dicho que no. Pero eras tú. Has estado en medio mundo. Yo, a tu edad, no habré recorrido ni Europa.

—¿Conocías a George?

—No personalmente, pero sí su obra. Eras un buen equipo. Siento lo que le ocurrió. Lo vi en directo.

—Sí, por desgracia para su familia, las cámaras estaban rodando. No entiendo cómo subió tanto la audiencia.

—Por morbo, Michael, por eso tu programa funcionará.

—¿Y tú quieres ser parte de esto?

—Sí. Aquí gano mucho dinero, pero lo que ganaré con este programa son siete años de mi sueldo.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. La muerte de tu amigo me hizo pensar muchas cosas.

—¿Cómo qué?

—Como que, a vuestra edad, dentro de veinte años, quiero estar bajo las acacias, con mi hermana, no intentando fotografiar algo inusual y que me peguen un tiro.

Richard nos interrumpe justo a tiempo para que no hagamos un debate filosófico.

—Por cierto, Michael. Aparte de Samson, tenemos que contar con esa rusa. ¿Svetlana, se llamaba?

—Todo arreglado. Hemos hablado esta mañana. Pero pone una condición, aparte del dinero.

—¿Cuál? Si no estuviera casado, te juro, Michael, que podría poner cualquier condición, a juzgar por las fotos.

—No le hagas caso, Samson. Richard adora a su mujer. Ha tenido tanta suerte como yo. Bien, lo que propone son dos cosas. Una: no quiere volver a Rusia. Quiere pasaportes falsos. Un cambio de identidad.

—¿Por qué? ¿Ha matado a alguien?

—No, al contrario. La mafia rusa hizo que sus padres se suicidaran. Ahora van a por ella.

—¡Dios mío! Esto parece Promesas del Este.

—Sí, pero esto no es una peli. Tiene una vida muy complicada la pobre chica. Ahora mismo ha tenido que prostituirse.

—No seré yo quien la juzgue. Cada uno tiene sus historias. Me encargaré de contrastar la información. Si es cierto todo lo que dice y no tiene antecedentes, no creo que haya ningún problema. Has dicho dos cosas. ¿Cuál es la segunda?

—Tiene un hermano. Es drogadicto. Vendría con ella para hacerse una cura de desintoxicación.

—No hay problema, en nuestra ciudad hay un sitio de estos en cada esquina. ¿El hermano también se quedaría?

—Sí, les he dicho lo que cobrará Svetlana y me ha dicho que con eso y sus ahorros pueden montar un negocio.

—Bien. Pues lo arreglo con el productor. El tema del anuncio, ¿cómo está?

—No te había dicho nada antes porque me ha costado. Al final, esta semana lo he encontrado. No es fácil. Todo esto es ilegal. Es muy difícil entrar en estos chats y que confíen en ti. Supongo que tendréis abogados. ¡Vamos, que os asesoren en todo!

—De esto se encarga el productor. No para de discutir con ellos. Se ve que nunca se ha hecho algo así en televisión y existen vacíos legales.

—En ese caso, compadezco al productor.

—¿Quién ha puesto el anuncio?

—Un japonés. Se llama Itami. Sus padres están forrados y tienen un palacio en Venecia. Según la religión del chaval, suicidarse es digno, pero antes hay que aprender, purificarse. O sea, que estaremos las siete personas en Venecia unos días antes de la tragedia. Que no será tal, claro.

—¿Cómo sabes que serán siete personas? ¿Y cómo es que sus padres le dejan el palacio si saben que quiere suicidarse?

—No, hombre, qué bestia eres. Este chico tiene un problema psicológico. Creo que esquizofrenia. Les dirá a los padres que quiere estar unos días solo.

—Pero si está chalado, no querrán dejarlo solo.

—Sí, porque ya intentó suicidarse anteriormente; ahora está con un psicólogo, y este también ha dicho que le irá bien. Supongo, por lo menos es lo que él me ha dicho.

—¿Y no puede ser peligroso?

—En absoluto. Está tomando medicación.

—¿Y las otras personas? ¿Te ha dicho quiénes son?

—No. Son cinco, pero no he logrado sacarle información. Me ha dicho que nos conoceremos en Venecia. En verdad, solo hemos de descubrir a cuatro, ya que Svetlana, con la ayuda de mis contraseñas y que le expliqué un poco cómo era ese chico, ha logrado entrar.

—Vale. Pues lo importante ya está hecho. Me vuelvo a mi trabajo, mi secretaría debe estar histérica. Os dejo, así os conocéis mejor.

Richard se aleja, y entonces me doy cuenta de que Samson ha estado riéndose durante nuestra conversación. Aunque no es una risa de burla; es más bien que parece divertirse.

—¿Qué harás con el periódico? ¿Saben lo del programa?

—No. Claro que no. Me deben unas vacaciones. Y no conozco Venecia.

—A ti todo esto te divierte, ¿no?

—Sí. De lo absurdo que es. En mi país la gente no se suicida. Viven cada instante. La media de vida en muchos pueblos africanos es de cuarenta años.

—Tienes razón. Es absurdo. Por cierto, ¿estás casado?

—No. Lo cual es una suerte.

—¿Por qué?

—Pues porque tu jefe tiene razón. Esa rusa es preciosa. Creo que me he enamorado.

Una gran carcajada me hace darme cuenta de que, tal como dice, vive cada instante. A George, este tío le gustaría.

*SVETLANA. MOSCÚ.  
28 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Mientras preparo el plato preferido de Alexey, intento analizar, entre arenques y nata agria, si estoy haciendo lo correcto.

Todo ha ido muy rápido. Mi madre decía que lo que no ocurre en un año, ocurre en un solo día.

Solo hace una semana que descubrí que Yuri era un asesino. Tal vez no directamente, pero aunque no utilizaba sus manos, conseguía extirparles a los demás la piel, la carne, hasta que los huesos llegaban al ataúd.

Voy cubriendo el plato con tortitas de maíz, y saco el vodka del único armario que hay en la cocina.

No puedo dejar de pensar en la conversación con Michael. Dios mío. Nueva York. Es curioso, cuando conocí a Michael y a Wendy me parecieron un encanto. Se les veía tan enamorados. No ese enamoramiento de cursiladas, sino hecho de complicidad.

Pensé que algún día podría lograr eso. Pero no en Rusia. Deseé con todas mis fuerzas volver a verlos, y que algo, la suerte, el destino, me llevara lejos de aquí. A una vida parecida a la de ellos.

Me contaron cosas de su ciudad. Me parecían tan ingenuos. Tan inocentes. Ese mundo en el que viven te dice que todo es posible. Y parece, por lo que me ha propuesto Michael, que así es.

Oigo a mi hermano subir las escaleras de dos en dos. Le abro antes de que llame a la puerta. Me abraza. Siento el crujir de sus huesos.

¡Está tan delgado! Sé que estoy haciendo lo correcto. Tengo que sacar a Alexey de aquí o morirá.

—¡Estás helado! Pasa.

—Así que vives aquí sola. Ya no compartes piso.

—Sí, pero no mires las apariencias. La calefacción no va. El ruido de las cañerías es insoportable, y el olor que viene de fuera te hace pasar el hambre.

—Esto es Moscú, querida Sve.

Se saca el abrigo, y pasea, con su bufanda, por el pequeño espacio. Mira mis libros. Siempre le ha gustado leer. En Palej, devorábamos los libros. Era tal el ansia, que mamá, si no nos portábamos bien, nos prohibía leer. Curioso castigo: no leer. Ante la amenaza dejábamos de pelearnos.

—Hermanita, tienes una biblioteca curiosa: Tolstoi, Dostoyevsky, Neruda, Jane Austen, John Grisham. Pero no creo que me hayas invitado por fin a tu piso para ver tus libros. Por teléfono estabas sobreexcitada. Espero que no sea por algo del cabrón de Yuri.

—En absoluto, piensa que estoy enferma. No ha insistido. Se habrá buscado a otra. No, verás, se trata de otra cosa.

—Desembucha. Te iré escuchando mientras me siento a comer estos blinis con vodka. Son para mí, ¿no? ¿O esperamos a alguien más?

—Claro que son para ti. ¡Come, estás en los huesos! Intentaré explicarme lo mejor que pueda. A ver, ¿cómo empiezo? ¿Te acuerdas de la peli de Greta Garbo?

—¿Cuál? Tiene muchas. ¿Aquella antigua que tanto veía mamá de la rusa, que va a París?

—Sí, Ninotchka. Mamá decía que aquel mundo era distinto.

—Elemental. Por eso Greta Garbo decide quedarse en París.

—Bueno. Pues imagínate que tu tuvieras esa oportunidad.

—¿De vivir en París?

—¡Mejor aún! ¡En América! Nueva York.

Mi hermano se atraganta con un arenque y ensucia su bufanda. Por su cara cree que estoy alucinando. No le voy a decir lo de la droga. Lo tengo pensado. Si le dijera eso, no querría venir. Está demasiado enganchado. En el avión le convenceré. Y si no quiere, le pondremos a la fuerza. Michael me ha dicho que lo arreglaría para que Alexey fuera a un centro de desintoxicación.

—Demasiado vodka, Sve.

—No, Alexey, no es el vodka. Estoy borracha, pero de alegría. Tenemos la oportunidad de irnos de aquí. Si tú quieres, claro.

—¿Que si quiero?

—¿Eso es un sí?

—Por supuesto. ¿A qué lugar de Nueva York?

—Manhattan.

—¡Guau!, eso es mejor que París. ¿Qué hemos de hacer?

—Tú, de momento, nada, venir conmigo. Yo, un programa.

—¿Un programa de qué?

—De televisión. Un documental. Algo estilo Un ruso en Manhattan.

—Pero después del programa nos harán volver.

—No. Ya lo he arreglado. Nos quedaremos ahí, o en otro país, pero no volveremos a Rusia. Nunca más. Cambiarán nuestros nombres. Seremos italianos. Pero piénsatelo bien, no podrás regresar.

—Ya no tengo nada aquí.

—¿Lo dices por papá y mamá?

—Sí. Por ellos, y por Lara.

—¿Quién es Lara?

—Era. Mi mujer. Murió de una sobredosis. Tuvimos un niño. No aguantó vivo ni tres días. Los dos están muertos.

—¡Oh!, cariño, lo siento muchísimo.

—Oye, Sve. En ese sitio donde vamos...

—¿Sí?

—¿Tienes amigos allí?

—Se puede decir que sí. Conocidos. Pero creo que puedes contar con ellos.

—Si pudieran ayudarme, ya sabes, uno de esos sitios donde te sacan de esta mierda.

—¿Quieres dejar la droga?

—No la quiero dejar, pero estoy asustado. Sí, sí la quiero dejar. Tú no sabes qué es esto, Sve. Cuando murió mi hijo, no sentí nada. Simplemente fui a buscar droga. Cuando Lara dejó de respirar, hurgué en sus bolsillos.

—No me cuentes más, Alexey. No te tortures. Vamos a ayudarte.

Mi hermano empieza a sollozar como un niño. Le acaricio y cojo su bufanda para limpiarla. El agua fría del grifo y las lágrimas de Alexey se funden.

Y, entonces, cuando estoy a punto de llorar yo también, me acuerdo de Greta Garbo, y su sombrero ridículo. Me río. Y no sé qué habrá pensado Alexey, pero se levanta y me coge en volandas. Por primera vez, se ríe.

*ITAMI. TOKIO.*  
*28 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Intento estar tranquilo. Mirarle a los ojos, tener las manos en el regazo, no tocarme el cabello, e incluso me he puesto mi camisa azul.

Lo aprendí de un libro de psicología. Si haces todo esto, se supone que tu interlocutor confiará en ti.

Y ahí tengo a mi psicólogo, observándome, como cada miércoles. Pero hoy es distinto que otros, por lo menos para mí; he de convencerle para que así, a su vez, él convenza a mis padres.

Les he ido con el cuento de qué quería estar solo, encontrarme a mí mismo. Y qué mejor lugar que nuestro palacio veneciano. Es curioso, por muy absurda que parezca la frase de encontrarse, todos pican.

Mi mejor amigo decía: «¿Quieres encontrarte a ti mismo?, ve, coge un espejo y mírate». Se lo tomaba todo a coña, hasta que se suicidó. Sus padres tienen un pozo en una casa de campo. Ahí lo encontraron, ahorcado.

Bien, centrémonos en el psicólogo. Mis padres han dado su consentimiento si el tío que tengo delante está de acuerdo.

El suicidio en grupo y «todo lo demás», como diría Woody Allen, está en sus manos. Es un buen tipo y en el fondo ha hecho todo lo que ha podido, pero no ha logrado convencerme de vivir estando chalado.

Sigue mirándome y anota algo. Siempre está escribiendo. Es hora de romper mi silencio, si no va a sospechar.

—¿Cómo le ha ido todo eso de Nueva York? La Acción de Gracias esa.

—Muy bien, Itami, gracias por preguntar. ¿Y tú, qué has hecho estos días?

—Pues recuperar a unos viejos amigos. Usted dijo que tenía que socializarme más.

—En efecto. ¿Y quiénes son?

—Hace años que no los veo. ¿Recuerda que mi madre le dijo que a los doce años habíamos ido a diferentes colegios del mundo, a España? Una especie de intercambio cultural.

—Sí, lo recuerdo. Fue tu primer viaje solo. Tu madre me dijo que te impresionó La Alhambra, La Sagrada Familia... y la paella valenciana.

—Eso es lo que se le cuenta a una madre. Pero lo mejor fue conocer gente de otros países. Hice muy buenos amigos.

—Eso es interesante. El conocer diferentes culturas te ayudará a tener mejores perspectivas de tu vida. ¿Y de dónde son?

—Algunos, europeos: noruega, rusa, español, belga, inglesa... y un americano.

—Veo que también hay chicas en esa reunión de viejos alumnos. ¿A Kazuzo no le importa?

—En absoluto. Ella también vendrá después de unos días. Y las otras parejas. Pero los primeros días queremos estar solos.

—Lo encuentro lógico. ¿La reunión va a ser aquí?

—No. En Venecia. Mis padres me dejan el palacio que tienen.

—Pero Itami, eso está muy lejos. Estamos en pleno tratamiento. Y tu medicación...

—Por favor, doctor. No fallaré ni un día con la medicación. Y podemos hacer videoconferencia una vez a la semana.

—Tus padres, ¿qué opinan?

—Están encantados.

—Parece que todo está planeado. Tengo algunas preguntas antes de dar el visto bueno.

—Las que quiera.

—¿Cómo os habéis puesto en contacto? Sois muchos, y de países muy alejados.

—Por Internet.

—Internet...debí suponerlo. ¿Te llevarás el móvil, por si quiero localizarte?

—¿Para controlarme?

—No, Itami, para mi tranquilidad y la de tu familia.

—Era broma, no se enfade. Por supuesto que me lo llevaré. Los jóvenes no podemos vivir sin tres cosas: Internet, el móvil...

—¿Y las tías?

—Y la música.

—No sabéis lo que os perdecís. En nuestra época solamente necesitábamos sexo y libertad.

—Eran otros tiempos, doctor. Mire, en el fondo la reunión es una excusa.

—¿Para qué?

—Para encontrarme a mí mismo.

—Entiendo. No veo por qué no puedes ir. Cuando vuelvas, continuaremos. ¿Cuándo te marchas?

—El próximo miércoles ya estaré en Venecia. Volveré dentro de unas semanas.

—Vale. Cuando acabemos, que te dé hora mi secretaria. ¿De qué quieres hablar hoy?

—Me gustaría hablar de un amigo. Se suicidó.

—Cuéntame, Itami...

Empiezo a contarle la verdadera historia, la del pozo, la de la cuerda, la de los gritos. Aunque omito lo más importante: que fui yo quien lo encontró, pálido y con la lengua fuera.

#### *LIV. BERGEN.*

#### *28 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Me siento peor que cuando mi marido se suicidó. No pensé que Kaj hiciera lo mismo. Toda la historia que contó, de que Ingmar era lo único que le importaba, pensé que eran palabras vacías. Ahora tengo claro que se querían de verdad, por lo menos Kaj le quería más que yo para hacer algo que muchos califican de cobardía, y otros de valentía.

Estamos en uno de los cementerios de Oslo. Ni sé cómo se llama. Todos estos sitios son iguales, con fotos enmohecidas y fechas lejanas.

Me parece que hace siglos que estaba con mi marido. En cambio parece que fue ayer cuando hablé con Kaj y me contó toda la historia. Cuando lloró tanto, sumido en el alcohol, no pude consolarle. Le odiaba.

Ahora solo tengo lástima, de él, de todos nosotros. De este engaño, que dura tanto tiempo, y lo que durará. No seré yo quien diga lo que ha sucedido.

Cuando Lena volvió de Finlandia, tan contenta y feliz, como los ignorantes, estuve tentada de decirle lo que había pasado en su casa

durante su ausencia; pero luego pensé que para qué. Si mi marido estaba muerto, ya nada importaba. Y ahora lo están los dos.

El cura sigue hablando de la desgracia, de dos muertes, tan cercanas, de dos amigos, queridos por sus esposas. Me dan ganas de reír. Pero entonces veo a Lena, le han tenido que dar medicación, y me entristezco, me siento culpable.

Hay una diferencia entre nosotras dos: ella es la primera vez que se encuentra ante la muerte, por eso creo que está tan mal. Yo he vivido muchas. Las palabras van inundando las lápidas y las nubes, y voy recordando las muertes.

La primera, la de mi hermano, por un accidente laboral. Una máquina le rebanó la garganta. Tuve que reconocer el cadáver, pues mi familia no se veía con ánimos. Después la de mi abuela, con esclerosis múltiple. Aunque deseada, no por ello me hizo menos daño, a pesar de que dejó de sufrir. Más tarde la de mi padre por la enfermedad del Alzheimer. Quedó como un vegetal, su cuerpo y su mente; cuando vinieron a buscarle e intentaron ponerlo dentro de un plástico negro, les arañé, les golpeé, hasta que me inyectaron Valium.

Mi madre sigue viva, es muy mayor, y también muy tozuda. Nunca me perdonó que me casara con Ingmar. Ella quería que me casara con un primo lejano, enclenque y tímido. Sé que le dijeron que mi marido se había suicidado y no vino al entierro. Ahora soy yo quien no la perdonará nunca.

Así que mi familia son Lena y sus hijos. Porque si algo he aprendido es que la familia no es la sangre, son otras cosas.

El cura sigue hablando, pero por su tono veo que ya termina.

Miro al grupo enlutado, e intento centrarme en lo que ha ocurrido tras la muerte de Kaj.

Tal como él me dijo en su casa la semana pasada para que no hubiera sospechas de ningún tipo, habían dicho que no tenían familia. Con mi marido no hubo problemas, ya que en el momento de su muerte no quedaban familiares vivos. Por eso no me enteré de nada, hasta que Kaj me lo contó.

Pero con el marido de Lena ha surgido un problema, y gordo. Ingrid, la madre de Kaj, se ha presentado al entierro. Una señora enlutada y ausente, pero para nada triste.

Lena no salía de su asombro. Yo intentaba que la mujer no sacara en la conversación la amistad, de pequeños, entre el marido de

Lena y el mío. Y, por supuesto, que no dijera de dónde eran. La suerte es que Lena estaba totalmente drogada.

La prueba de fuego vendrá ahora. Nos ha invitado a pasar unos días con ella. No entiendo por qué yo también estoy invitada, pero prefiero ir. Esta mujer no me gusta nada. Elegante, fría y calculadora. Por lo menos esa es la impresión que me da.

Cuando todo termina (no hay buffet ni nada similar cuando alguien se suicida), Ingrid nos lleva con su chófer a nosotras y a los chavales.

Tras las largas avenidas de Oslo, llegamos al centro, y a la majestuosa casa de esa extraña mujer.

Al llegar, Lena se disculpa y pide retirarse. La criada (una de ellas) la acompaña a su dormitorio. Los muchachos se quitan la ropa negra y se enfundan los tejanos. La juventud asimila mejor estas cosas, la adolescencia está hecha para disfrutar, beber, sentir, y no para llorar o conocer a nuevas abuelas. Me despido de ellos con un beso, y me alegro de verles sonreír de nuevo.

Así que la anciana y yo pasamos juntas a lo que ella me ha dicho que es la biblioteca pequeña. Imagino cómo será la grande, si esta es casi como la del ayuntamiento de Bergen. Los sillones son cálidos y cómodos. La luz del fuego me hace ver, por primera vez, los rasgos de Ingrid: duros, cansados y enigmáticos, como si quisiera sondear mi alma. La anciana observa la chimenea, y empieza a hablar, en voz baja, en el tono de los secretos:

—Mire, Liv, no quiero andarme con rodeos. Ya soy muy mayor para juegos. He enterrado a un marido, a un amante y a mi único hijo. Su vida, por lo que sé, tampoco ha sido fácil.

—¿Puedo preguntarle cómo lo sabe?

—Dinero, querida. Eso compra el mejor detective privado de Escandinavia.

—¿También investigó a sus nietos?

—A ellos desde que nacieron. Sé cada uno de sus pasos, ya que no podía estar con ellos. Le prometí a mi marido que no me pondría en contacto con nuestro hijo, ni con su familia. Y así lo hice.

—¿Y qué ha cambiado?

—Él murió hace dos meses. Ya no tengo que guardar promesas.

—Si su marido murió, ¿por qué no fue a ver a Kaj? Ya nada le impedía verle. Era su hijo.

—Sí, y la vida se encargó de quitármelo de nuevo, por la misma causa.

—¿Qué quiere decir?

—Ya sabe a qué me refiero. Fui a verle justo al día siguiente de verle usted. Él me lo contó, entre copas y recuerdos. Su visita acabó de hundirle.

—Se refiere a mí. Lo sé, no supe consolarle, pero tiene que entender que el hecho de enterarte de que tu marido era homosexual te desorienta. No pude ayudarle, lo siento.

—No, querida. Usted no hizo nada malo. Fui yo. Intenté ir en misión de paz, pero los rencores y la bebida, (las ancianas también bebemos), hicieron que nos dijéramos cosas terribles. Seguramente fui el detonante de su suicidio.

—No se culpe. Seguramente ya lo tenía pensado.

—Claro que me culpo. Tengo ochenta y cuatro años y mi tiempo se acaba. Quiero conocer a mis nietos, y esta vez quiero hacer las cosas bien. Reconozco que fuimos demasiado duros con Kaj, pero entiéndanos, somos de otra generación. No la de los matrimonios gay, o la de las adopciones de niños por dos padres o dos madres. Somos de la generación de maricón, como un insulto, y algo degradante.

—Pero, ¡era su hijo!

—No es fácil, Liv. Cuando encuentras al niño que has llevado en tus entrañas fornicando con otro, no es fácil. Aún parece que los estoy viendo.

—Ingrid, perdone mi brusquedad, pero no estoy para confesiones ni culpabilidades, bastante tengo yo con lo mío. ¿Por qué nos ha hecho venir?

—Ya en el tanatorio me pareció una mujer inteligente. Quería decirle, ya que solo usted sabe lo que sucedió, que no dijera nada.

—No pensaba decirlo. Pero no por su reputación, como usted debe estar pensando, sino por no hacer más daño a Lena y a los niños de una manera innecesaria. Conozco a Lena desde que éramos pequeñas.

—Me alegro, pues, de que estemos de acuerdo, aunque sea por diferentes motivos. Y ahora, creo que, al igual que Lena, me iré a descansar. Por favor, Liv, no me juzgue.

—No lo hago, Ingrid. Que descanse.

La anciana se retira, más cansada, diría que incluso más humana ante mis ojos. Es todo tan complicado.

Cuando Ingrid desaparece, me entretengo un rato mirando los libros, y tras hojear muchos, me viene a la mente lo que llevo días pensando: no pude evitar que ellos se suicidaran.

Por eso, en aquellos días, conecté en Internet y busqué a algunos chavales que quisieran matarse. Desde que se suicidó mi marido me obsesioné con Google y todo lo que hiciera referencia a este tema. Al final encontré la solución a mi paz mental: si salvaba a uno de ellos, si le convencía de que valía la pena vivir, me sentiría mejor.

He mentido en cuanto a mi edad, por miedo a que no me dejaran entrar. Además, nos reuniremos en Venecia. El problema será el idioma: todos hablan inglés, y yo solo sé noruego.

El fuego de la chimenea empieza a apagarse. Noto que la puerta se abre. Es Lena, ya se ha despertado. Viene a sentarse a mi lado.

—Siento haberte dejado con esa mujer, estaba hecha polvo.

—No te preocupes. Ha sido un día muy largo.

—¿De qué habéis hablado?

—De nada importante. Que su marido no la dejaba acercarse a su hijo Kaj, por una riña familiar. Ahora ese señor está muerto, y los niños podrán tener una abuela.

—Pero Liv, ¿tú todo esto lo ves normal?

—¿El qué, que los padres se enfaden con los hijos?

—No. No es solo eso. Tu marido, el mío, se suicidan. Una abuela que aparece. No sé, Liv, si es la medicación, pero veo cosas raras.

—¿Qué cosas raras? Mi marido estaba deprimido por el trabajo. Y en cuanto a Kaj, ya te lo he dicho mil veces. Debió tomar una dosis accidentalmente. Estaba abatido por la muerte de mi marido, ya sabes que se habían hecho muy amigos, y bebió demasiado. Seguramente tomó demasiadas pastillas para dormir. Kaj era muy feliz, nunca se hubiera suicidado.

—Pero Ingmar también lo era.

—No, Lena, eso no es verdad. Yo sé la razón de que mi marido se suicidara.

—Por favor.

—Tenía una enfermedad terminal.

Siento engañarla, pero las mentiras piadosas se inventaron para algo.

—Dios mío. ¿Por qué no me dijiste nada? Y yo aquí compade-ciéndome. Lo siento muchísimo, Liv.

—No te dije nada porque la eutanasia es ilegal. No quería que estuvieras involucrada.

—¡Pero somos amigas!

Tras horas de conversación embebidas de pasado, (Kaj, mi marido, nuestro colegio), Lena cae en un sopor y se duerme ante el fuego, ahora apagado.

Se la ve, por primera vez en muchas horas, tranquila, en paz.

*ROGER. BARCELONA.  
28 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Han pasado ya seis días y sigo pensando lo mismo: mi padre es un cabrón. No se contentó con ir con chicas jovencitas, sino que lo hizo con su propia hija.

A medida que me he ido calmando, he llegado a entender por qué Judith se asió a mí con todas sus fuerzas. Todo le había fallado, y volcó todo su amor en mí. Pero supongo que se sentía culpable, o sucia, vete a saber, y no se atrevió a decirme lo de la violación.

Nunca podré perdonarle. Todo lo tengo planeado. Primero se lo contaré a mi madre, delante de él, para humillarle. Perderá la casa, y más tarde el trabajo. Esto ya lo tengo solucionado. Aunque mi padre trabaja en un hospital, la mayoría del dinero lo gana con las visitas particulares en casa. Los historiales de los pacientes, junto con sus direcciones, están en su despacho.

Le pedí a mi madre dinero e hice copias de las fotos de mi padre, las de niñas de once años con él. Por suerte, mi padre es precavido y guardaba los negativos. Por si acaso, ya he enviado las fotos a todos los lugares, casas particulares, y también al hospital.

Son las siete, no creo que tarden. Les he llamado al móvil a los dos diciendo que era urgente.

Mientras les espero, tomo una copa.

Estoy más tranquilo. Ya no tendré que suicidarme solo. En cuanto acabe con mi padre, me iré a Venecia. Ahí nos encontraremos unos cuantos. He contactado con un japonés llamado Itami, que prepara la movida.

Parece guay.

Guardo mis pensamientos en un cajón porque mis padres ya han llegado. Por un momento dudo, pero siento la respiración de Judith,

que me da fuerzas. Sé que le haré daño a mamá, pero es joven y guapa. Podrá volver a rehacer su vida. No tiene por qué aguantar esta mierda.

Mi madre me besa, aunque ni siquiera se quita la chaqueta. Mi padre se sienta en un sillón de la sala y enciende su pipa. Parece tranquilo. Mi madre no, está temblando.

—¿Qué ocurre, cariño? He dejado a unos clientes en un piso de Sarriá. Les he dicho que lo miren concienzudamente, no se me ocurrió otra cosa, pero tengo que volver inmediatamente.

—Oye, no te quejes, yo he tenido que dejar a una adolescente anoréxica.

—Sí, pero tú tienes suplentes. Yo no.

—Porque perderías tu comisión.

—Sí, claro.

—Mamá, papá. Ya veo que vuestros trabajos son muy importantes, así que iré al grano.

—¿De qué se trata, Roger?

La suave voz de mi madre me da fuerzas. Por fin se sienta, se quita la chaqueta y respira profundamente. Mi padre parece distraído.

Empiezo a formar palabras que sé que serán como cuchillos, que lo despejarán todo.

—Antes de nada, mamá, quiero que sepas que te quiero mucho, y Judith también te quería. Has sido una buena madre. Siento lo que voy a decirte.

El silencio es absoluto. Solo se oyen las bocinas de los coches.

Mi padre ha dejado la pipa y me presta su máxima atención. Prosigo su decapitación.

—Cuando Judith se mató, creí que me iba a volver loco. Tú, mamá, me ayudaste. Siempre has sido la más fuerte de esta familia. Pero a pesar de tu apoyo, había algo que no me dejaba vivir en paz. Conocía a mi hermana, sabía que tenía que haber una razón para lo que hizo. Por fin lo he averiguado.

—¿Qué es? Suéltalo ya o me va a dar algo. Si algo os enseñé es a ser directos y decir las cosas por su nombre.

—Tienes razón. Lo suelto: a papá le gustan las menores de edad, y cuando digo niñas, me refiero a once, doce años. Había algo en mi inconsciente que me lo decía. Pero el otro día, cuando me hablaste de vuestro viaje a Tailandia y sus salidas extrañas nocturnas, até cabos. Iba a encontrarse con niñas prostitutas.

Mi padre se levanta de improviso, y me empieza a pegar salvajemente. Mi madre reacciona y coge a mi padre. Él, ya más calmado, pide disculpas. Mi madre va a buscar algodón y alcohol. Nos quedamos solos por un instante, pero ni tan solo nos miramos.

Suena el teléfono, pero nadie lo coge.

—Aunque me mataras, papá, no podrías callarme. Tengo pruebas.

Le doy a mi madre el sobre con las fotos. Expresamente también le dejo la carta. Mi padre, al verla, se pone lívido. Ahora sí que me mira, pero con incredulidad. Supongo que no me veía capaz de algo así. Parece mentira, ¿de qué le sirven sus libros de psiquiatría? Pon a alguien contra las cuerdas, y será capaz de todo.

Mi madre, la pobre, va tirando las fotos al suelo, su cara es de horror, hasta que llega a la dichosa carta. Allí se desmorona, noto en su rostro que le cuesta digerirlo, entenderlo. Al final cae en el suelo, creo que ni nos ve, está llorando histéricamente, entre espasmos. No la vi así ni en el funeral de Judith.

Mi padre hace ademán de ayudarla. Se disculpa. Ella lo mira, le escupe y le da una bofetada.

Es hora de salir de la escena. Los dejo solos. Los gritos, las amenazas, los golpes de mi madre a mi padre, me suenan a música celestial.

### *CATHERINE. LONDRES. 28 DE NOVIEMBRE DE 2007*

Hace ya una semana que la tarta envenenada mató a mi padre, y hoy tengo cita con un inspector de policía: David Damet; creería que es una broma sino tuviera su tarjeta en mis manos. Tiene un nombre parecido al del director de cine, y si no recuerdo mal, una de sus películas se llamaba La Trama. Tiene coña la cosa.

La tarjeta, que ahora bordea mis dedos, llegó a mi bolsillo el día que enterraron a mi padre.

Un hombre, bajito y con bigote tipo Hércules Poirot me estuvo observando durante todo el sepelio. Carraspeaba y estornudaba a cada minuto. Era difícil no fijarse en él.

No llevaba paraguas, y su abrigo estaba totalmente empapado cuando se acercó a mí. Sentí una especie de repulsión. En voz baja, supongo que para que nadie de los presentes lo oyera, me dijo algo así como: «Siento su pérdida, señorita Cooper. Debe estar exhausta.

Tantas muertes seguidas en su familia. No quiero molestarla en un día tan doloroso como hoy. Le dejo mi tarjeta, venga a verme a la comisaría cuando pueda. Es una cuestión de puro trámite. Hasta la vista, y reitero mis condolencias».

Dicho esto, sin esperar respuesta, se desvaneció en la lluvia, como los babosos caracoles.

He decidido que iré hoy. El miércoles es un buen día. Una compañera de trabajo suele decir que cada día de la semana lo regenta un planeta. El miércoles lo regenta Mercurio, el planeta de la comunicación. Y por tanto, mejor día de la semana para convencer a alguien. Y quizás tiene razón. Me habló de que los martes es el día de la agresividad, de las catástrofes. Ella puso como ejemplo el 11 de septiembre, la caída de las torres. Yo puse mentalmente mi ejemplo personal: la muerte de mi niña, también era martes.

Para tranquilizarme, antes de ir a comisaría, me doy una vuelta por la Tate Gallery. Al llegar, observo la novedad del museo: una enorme grieta, que se extiende en el suelo. Por el folleto, mide 167 metros de longitud. Por lo que sigo leyendo, la autora ha querido simbolizar el odio racial y la división social.

Según el Times, he leído que en las primeras cuatro semanas de exposición ha habido quince heridos.

Veo a un padre que sostiene a su bebé y lo tiene suspendido sobre la grieta, mientras su estúpida mujer le hace una fotografía.

Dentro de unos años quizás ese bebé acabe matando a sus padres como yo he hecho. Espero que él no tarde tanto como yo.

Abandono la Tate y cojo el Metro para ir a la comisaría.

Cuando llego, un hombre muy amable y sonriente me indica el despacho del señor Damet. Me adentro sin ningún miedo. Sé que no me pueden inculpar. Al verme se levanta de su silla, y se diría que está más nervioso que yo. Intenta disimularlo pero mira distraídamente mi escote, y acto seguido mis piernas. No me he puesto ropa interior, pues sé por experiencia que si a los hombres les pones nerviosos, pierden el norte.

Surte efecto, pues empieza a tartamudear, hasta que al final le salen las palabras de lo que parece que va a ser un interrogatorio. Dudo que haga falta llamar a mi abogado. Se le ve un palurdo.

Me ofrece, en un gesto de amabilidad estudiado, té con chocolatinas mentoladas. Las odio, pero tomo algunas.

- Señorita Cooper.  
—Puede llamarme Cathy.  
—Caa...Cathy. Gracias. ¿Cuántos terrones en el té?  
—Ninguno. No me gusta lo dulce.  
—Hace bien, yo tendría que hacer lo mismo. Y rebajaría peso.  
—Pero si usted está muy bien.  
—¡Qué va!, usted sí que está estupenda.  
—Inspector, va a hacerme sonrojar.  
—Bien, Cathy, vayamos al grano.  
—Lo que usted diga.  
—Verá. Cuando en una familia mueren tantas personas en poco tiempo, y en circunstancias tan extrañas, solemos interrogar a los familiares. En este caso, el único familiar que queda es usted.  
—¿Quiere decir que soy sospechosa de algo?  
—En absoluto. Usted en los tres casos tiene coartada, y no estaba en el lugar de las muertes. Pero, ¿sospecha de alguien? ¿Su familia tenía enemigos?  
—Para nada.  
—Pero tengo entendido que sus padres son de Irlanda del Norte.  
—¿Y qué tiene que ver? Mi tía es de Escocia, y no creo que por eso el Monstruo del Lago Ness la tirara por las escaleras, si es eso lo que está insinuando.  
—Me alegro de que aún le quede sentido del humor después de tan graves pérdidas.  
—¿Qué quiere que haga, que llore? No es mi estilo.  
—Entiendo. Dígame, ¿había algún motivo para que sus padres se suicidaran?  
—No tengo ni idea. Estuve mucho tiempo fuera. Además, ¿quién conoce a sus padres? ¿Usted, inspector?  
—Referente al comentario de haber estado fuera, la hemos investigado. Ejerció la prostitución.  
—¿Me van a detener por eso?  
—No. Pero, ¿por qué lo hizo?  
—Perdone, pero ya me está usted cansando. ¿Qué tiene que ver todo esto con mi vida privada?  
—No tiene por qué molestarse. Es simplemente información. Es muy extraño que alguien con un futuro prometedor en el diseño cambie aguja e hilo por tangas y vibradores. Sus profesores aún la

recuerdan, estuvo poco tiempo pero tenía un don, eso han dicho. ¿Por qué lo dejó?

—Me gustaba más follar. ¿Contento?

—Ya veo que no quiere colaborar.

—No. Lo que ocurre es que no ha dejado de mirarme la entrepierna. Y, sinceramente, si no tiene ninguna prueba, me voy.

—Creo que me está malinterpretando.

—Sí, seguro. Conozco bien a los hombres, inspector, y usted es del tipo edipiano.

—¿Qué quiere decir?

—Vive con su madre. Nunca ha estado con una mujer, si no es pagando, y se masturba con revistas.

—Señorita Cooper, creo que esto ya es demasiado. Será mejor que se vaya antes de que la detenga. Y no salga del país.

—Hable con mi abogado. No tiene motivos para retenerme.

—¿Es que tiene pensado marcharse?

—Sí, a Venecia.

—Haga lo que quiera. Buenas tardes, señorita Cooper. Hasta la vista.

—Espero que no, señor inspector.

Me marchó de ahí pegando un portazo. En el fondo estoy temblando. Ese hombre me ha sacado de mis casillas. Se suponía que era yo quien tenía que descentrarlo. Además, soy idiota, le he dicho a dónde voy. Aunque pensándolo bien, qué más da, no tienen pruebas y seguramente nunca más volveré a ver a ese hombre tan horrible.

Sigo andando, sin saber a dónde voy, hasta que me calmo. Llego a Hyde Park. El color verde me tranquiliza.

Empiezo a pensar en mi viaje. Creo que me he vuelto morbosa. O estoy enferma, no lo sé, pero mirando por Internet vi un grupo que se reunía en Venecia para suicidarse. Me entraron ganas de juntarme con ellos. Quizás para ver gente que sufre, y yo sentirme mejor.

Un hombre atractivo me sigue. Disminuyo el paso. Se acerca y me invita a su casa. No lo dudo ni un instante.

El inspector Damet acaba su jornada laboral y vuelve a casa cabreado, y humillado. Su capitán le ha dicho que deje de investigar a Catherine. Que no hay pruebas de nada. Encima ella le ha tratado como si fuera basura.

Al abrir la cerradura de su casa, lo ve todo claro. Irá a Venecia y la descubrirá: esa mujer es una asesina, su olfato policial no le engaña. Pedirá unas vacaciones. Le deben días de la pasada Navidad.

Entra en casa, saluda a su madre, que se ha quedado dormida frente al televisor, y sube raudo las escaleras.

Al llegar a su habitación se masturba violentamente pensando en Cathy sin ropa interior.

*PIÈRE. BRUSELAS.*  
*28 DE NOVIEMBRE DE 2007*

No puedo levantarme por las mañanas. Esta situación es insopportable. Hace una semana que pasó todo aquello, y cada día estoy peor.

El estar en la casa de mi infancia tampoco ayuda, pero ¿a dónde voy a ir? Mi casa ya ha salido a subasta. Me lo han embargado todo.

Monique se ha ido con el hijo de puta de mi amigo. Que les vaya bien. Estoy tan mal que no quiero ver ni a mis hijos. Además, la muy zorra ya ha mandado la demanda de separación. Intenta que, encima, en cuanto vuelva a trabajar les pase una pensión a los niños.

Además, cuando llegué a casa de mis padres, totalmente borracho, me encontré con todo un panorama: mi padre tiene demencia vascular, y mi madre se ha quedado ciega. Ella está contenta, porque cree que alguien me contó lo ocurrido y que he venido a ayudarles.

Lo que no sabe es que en cuanto pueda robarles lo suficiente me largo.

Tengo un plan: he entrado en Internet, buscaba gente que quisiera matarse, porque creo que si no soy cobarde para esto, me mataré.

Pero mejor estar acompañado, si no, me echaré atrás.

Quien organiza todo esto es un asiático. Espero que cuando llegue allí haya europeos, porque el chino ese no sabía ni dónde estaba Bélgica.

Oigo el timbre, voces, y pasos que se acercan a mi habitación.

Por un momento pienso que es Monique, arrepentida. Pero, acto seguido, aparece la cara de Jacques por el marco de la puerta. No salgo de mi asombro.

Cierro la puerta para que mi madre no nos oiga. Conoce a Jacques de toda la vida, de cuando jugábamos con espadas. Ahora que caigo, siempre ganaba él.

—¿Qué mierdas quieres? Tienes suerte de que esté en casa de mis padres, porque si no, te echaría a patadas.

—Dios mío, tus padres están muy mal. Me he quedado de piedra. Monique me ha dicho que vivías aquí.

—Vale, no creo que hayas venido a preocuparte por la salud de ellos. En cuanto al permiso para follarte a mi mujer, ya te lo dio ella. Así que di lo que tengas que decir, y piérdete.

—A ver, no es fácil lo que vengo a proponerte.

—¿Tú a mí? ¿Quieres quedarte con mis hijos?, porque es lo único que me queda.

—Eso nunca, Pièrre. Nunca ocuparé tu lugar. Siempre serás su padre. Lo que te quiero proponer es otra cosa. Por lo que sé, hablaste con Monique y le dijiste que nos habías visto con Odette.

—Si te refieres a la puta, sí. ¿Y qué?

—Pues que ya has visto que somos una pareja abierta... Monique aún te quiere, y tú y yo nos conocemos de toda la vida.

—¿Estás proponiendo un ménage à trois? ¿Es que te has vuelto loco? ¿Quieres que nos demos por el culo?

—Hombre, no seas tan grosero. Es una especie de...compartir.

—¡Compartir qué!, mira, puede que yo esté enfermo, sea jugador, y lo haya perdido todo, pero aún me queda sentido común. Vosotros dos estáis enfermos.

—Piénsatelo. Sería bueno para los niños que vivieras en nuestra casa.

—A ver, Jacques, si te queda un poco de dignidad, lárgate.

—Nunca hubiera pensado que fueras tan cerrado. ¿Y las revueltas estudiantiles? ¿Y el correr, huyendo de los policías en las manifestaciones?

—Éramos jóvenes.

—Aún lo somos.

—Quizás tú. Yo estoy muy cansado. No tengo ganas ni de hostiarte.

—Siento que te lo tomes así. Me voy; si cambias de opinión, ya sabes dónde vivo.

—De momento me voy de viaje. A Venecia.

—Te irá bien. Ven a ver a los niños cuando vuelvas. Te echan de menos.

—Oye, Jacques, ahora que hablas de los niños...

—¿Sí?

—Me parece muy bien que seáis una pareja abierta, y me da igual que os dé por el culo un tío o una cabra. Pero a los niños ni tocarlos.

—¿Qué estás insinuando?

—Que si los tocas, te mataré.

—Me ofendes, Pièrre. Creo que nunca nos has conocido. Ni nosotros a ti.

Jacques se va de mi habitación de la infancia y de mi vida. Nunca más jugaremos a espadas.

Cojo una libreta y anoto cosas que arreglar antes de irme, entre ellas, escribir a un asistente social para que esté al corriente de los juegos que hay en esa casa.

Viene a mi mente Tintín. El hámster tuvo suerte.

# Segunda Parte

# CAPÍTULO 5

## EL ENCUENTRO

*VENECIA*  
*5 DE DICIEMBRE DE 2007*

Son las siete de la tarde, y el sol ya se ha puesto. El palacio, a estas horas, tiene un aire fantasmagórico que desaparece al amanecer.

Cortinas granates, columnas barrocas, ventanas en arco, y caprichosas lámparas de cristal constituyen un marco inmejorable para ver desde allí el Gran Canal, ahora testigo de la gente que va buscando un restaurante, o el vaporetto para marcharse. Venecia no es ciudad para la noche. Se van los músicos de San Marcos, los turistas y la oscuridad lo envuelve todo hasta el día siguiente.

A pesar de ello, Venecia es la ciudad más bella del mundo.

En uno de sus palacios, Wagner escribió parte de Tristán e Isolda.

Lord Byron se bañó en el Gran Canal. Hemingway disfrutó en el casino, y Goethe buscó en la ciudad su lado más oscuro, que también lo tiene.

Las fachadas de los edificios han sido imitadas, desde Leningrado hasta Nueva York. Pero su magia no puede ser imitada, porque hay cosas en la vida que son únicas.

Pero volvamos al palacio. Sus pinturas de Tiziano observan impertérritas a los invitados. Habrán pasado por aquí duques, reyes, políticos. Pero ningún grupo tan curioso como el que ha llegado esta mañana.

Se han saludado, y sorprendido. Nadie es como te imaginas en un chat, aunque hayas visto la foto, ya que en ella no puedes ver el alma.

Itami les ha enseñado las dependencias como buen anfitrión. Tras la sorpresa de ver que Liv era una mujer mayor y que su inglés era escaso, se ha mostrado simpático y abierto.

Les ha enseñado también la gran despensa, y el congelador. Tal como les dijo, antes de pasar a encender el gas y ser arrullados por lo que llaman «la muerte dulce», pasarán todos juntos unos días, sin móviles, televisión ni radio. Sí se permite la música, gracias a lo cual Roger emitió un suspiro de alivio.

Michael, mientras, va viendo todas las habitaciones, se fija en los mejores lugares para instalar micrófonos y cámaras. Lo hará de inmediato, cuando todos estén echando la siesta. Se supone que los europeos la hacen. Y si no, entrará en los sitios con cualquier excusa. Se ha de empezar a grabar desde el primer momento. En un programa de esta índole, una de las cosas más importantes es el primer encuentro, ya que después todos estos primeros instantes pueden dar un vuelco de ciento ochenta grados.

Liv está contenta. Nadie ha puesto problemas a su edad, y si afina el oído puede ir entendiéndolos. Al fin y al cabo no era tan negada para los idiomas; en pocos días, antes de venir aquí, aprendió para aclararse unos mínimos. Tiene claro, desde el primer momento en que lo vio, que ayudará a Roger. Es el más joven, y algo les une: su abuela era de Estocolmo. Han tenido que escoger las habitaciones, y Liv pidió estar con Roger, a lo cual el chaval no se ha opuesto en absoluto.

Para Svetlana tanto lujo es casi un insulto. En su país, una sola habitación de estas serviría para que durmiera toda una familia. De todos modos le encanta Italia. Ya solo el hecho de llegar al aeropuerto, ver el sol, el colorido, y la amabilidad de las gentes le ha devuelto la fe. En la vida, en las personas, y en ella misma. Como decía Paul Eluard: «Hay otros mundos, pero están en este».

Cathy espera que su compañera rusa de habitación no ronque. Y que las camas sean blandas. Intenta entretenerse en tonterías para no pensar en lo importante: ¡el momento en que le han presentado al belga! ¡No podía creer quién era! Él, se supone que no la ha reconocido.

Pièrre está desconcertado. Todo esto se le está escapando de las manos. Dormirá con el americano, aunque le daría igual hacerlo con una pitón.

Itami tiene claro que no compartirá habitación. Por mucho que el psiquiatra diga, no quiere arriesgarse a coger un brote paranoico en plena noche, y matar a alguien. Todo tiene que hacerse según lo planeado: el 26 de diciembre, martes; todo el mundo ha estado de acuerdo en que ese es el día perfecto, después de Navidad.

Todo esto ha sido esta mañana, pero ahora son las siete, y «los invitados» están dispuestos en la gran mesa con picatta al limone, prosciutto, y risotto. Todo ello regado de Chianti de Toscana. Nadie come aún, porque Michael todavía no ha bajado al salón.

### *VENECIA. 7 DE LA TARDE. CENA EN EL PALACIO*

No entiendo la impuntualidad del americano. Si tarda un poco más, iré a buscarle, aunque como anfitrión quizás sería inadecuado. Lo mejor será dar conversación al grupo, ya que de momento están muy cortados. También es verdad que juego con ventaja, ya que a través del chat les he conocido más o menos, en cambio ellos son unos completos desconocidos entre sí.

Espero que les guste la comida italiana, ya que aunque soy experto en comida japonesa, creo que el pescado crudo y el sake no es lo más conveniente.

Estoy contento de cómo son todos. La rusa parece un encanto. Liv, a pesar de que me engañó con su edad, puede poner su aportación de madurez, lo cual puede ser interesante. En el fondo puse lo de las edades porque no quería encontrarme con el palacio repleto de personas achacosas, cerca de la muerte, y que intentan dar el último paso. Además, a la noruega se la ve en muy buen estado de salud. El más joven, Roger, aunque se pasa las horas desde que ha llegado con los cascos puestos, por lo que hablamos en el chat entiende de arte y de política. En otras circunstancias quizás hubiéramos podido ser amigos. Con quien en ninguna circunstancia me haría siquiera compañero es con el francés, o belga: su mala leche es increíble. Y la inglesa está como un tren, pero nos mira a todos como si estuviera por encima de nosotros y de las circunstancias.

—Creo que mientras esperamos a Michael, os puedo presentar mutuamente. Si lo deseáis, que nadie se vea forzado; luego podemos dar todos, yo incluido, la explicación de por qué estamos aquí. Será mucho más fácil pasar estos días si somos sinceros.

—Tú flipas, tío. ¿Crees que la gente te va a ser sincera? Yo no lo soy ni con mi madre.

—Pero es que aquí, Roger, hay algo distinto. Nadie va a juzgarte, por muy fuerte que sea tu historia. Si estamos aquí es porque la vida nos ha puteado. Y lo más importante, dentro de unas semanas ya no estaremos. La filosofía de este grupo es conocernos para no morir solos; de eso se trata.

—Vale. Vale. Pues empiezo yo. Me llamo Roger, es un nombre catalán, porque aunque mi carné de identidad sea español, soy catalán. No me malinterpretéis, solo lo digo como una reivindicación. No tengo nada contra los españoles.

—Oye, chaval, yo soy belga, y si esto va a ir de política, estaremos aquí hasta el juicio final. Aligera.

—Perdona, Pièrre, pero hay que respetar el turno de cada uno, y que tarde lo que quiera, ¿o es que tienes que ir a algún lado?

—Si el americano tarda mucho, saldré a por una pizza.

—El americano ya está aquí. Perdonarme todos.

—Estás perdonado por hoy, pero os ruego que, a partir de ahora, seáis puntuales. Sigue, Roger.

Michael se sienta delante de los manjares y los micrófonos.

—Oye, macho, no seas tan estirado. Que esto no es el ejército.

—Tens raó.

—¿Sabes catalán, Itami?

—Algo aprendí cuando estuve en tu país. También aprendí algo de gallego, vasco... tu país es muy rico.

—Me alegro de que te gustara. Yo ya no podré visitar el tuyo.

En fin, estoy aquí porque me enamoré de mi hermana gemela. Tuvimos una historia que duró años. Luego se suicidó.

—¡Por Dios! ¿Por qué se suicidó? ¿Se arrepintió de lo vuestro?, perdona, es que lo veo muy fuerte, yo también tengo un hermano y lo quiero, pero de eso a tener algo hay un abismo.

—La vida, Svetlana, da muchas sorpresas, te lo demostraría si tuviéramos más tiempo. Paso a responderte: mi padre la había violado. De esto me enteré cuando ya estaba muerta.

—Lo siento mucho, Roger. Bien, yo soy de Rusia. Y ya que Roger ha reivindicado su Cataluña, yo lo hago con mi pueblo, Palej.

—¿Y a ti qué te ha pasado, bonita? ¿Perdiste la virginidad?

—Espero, Pièrre, que todos los belgas no sean como tú. Además, creo que estás borracho.

—Es que este vino está muy bueno, y las tías de la mesa también, incluso la madurita.

—Perdona, Pièrre, pero si sigues en plan gilipollas, será mejor que te vayas a dormir.

—¿Qué pasa? ¿El americano sale en rescate de las bellas damiselas? Vale, me disculparé. Mis disculpas, Liv, usted no tiene la culpa de nada.

—No ocurrir nada, joven. Estar nerviosos. Continuar, Svetlana, por favor. Itami, esto está buenísimo.

—Gracias, Liv, es usted la amabilidad personificada.

—Respondiendo a Pièrre, estoy aquí porque he pasado hambre, frío. Creo que ninguno de vosotros sabéis lo que es eso. Me prostituí. Mis padres fueron asesinados, y mi hermano murió de una sobredosis.

—Creí entender, por lo que le habías dicho a Roger, que tu hermano vivía.

—No, Cathy, era una manera de expresarme y mi inglés no es tan bueno como el tuyo.

—En fin, a mí tu inglés me parece perfecto. Por cierto, no es que me importe, pero soy irlandesa. Es curioso, vamos a morir y nos preocupamos de nimiedades.

—¿Qué quiere decir nimie...?

—Significa tonterías, cosas tontas.

—No creer cosas tontas. Ser importante de dónde sentir.

—Seguramente tienes razón, Liv. Me siento de Irlanda. Nunca me he podido sentir de Inglaterra. Sus paraguas, sus periódicos y su aire de superioridad. Siempre, cuando he tenido vacaciones, me he ido a mi tierra, a mis colinas verdes, mi música...

—¡Son geniales los irlandeses!, han venido grupos a Barcelona, y son súper espontáneos.

—Así es como creo que somos. En mi caso, mis padres se suicidaron, y yo perdí a mi hija. Estuve de parto, sola, sin ayuda, en casa de una tía odiosa, en Escocia. Ni siquiera era su casa, era la del jardinero. Y sí, Svetlana, sé lo que es pasar hambre y frío. ¿Tú sabes lo que es perder un hijo?

—No quería molestar a nadie con mi comentario. Perdona.